
BOLSILIBROS
Selección
TERROR
DOCE DIAS DE HORROR
KELLTOM McINTIRE

Toda la maldad del mundo parecía encerrada en aquella mirada.

Avanzamos unos pasos y miramos el lecho.

A la cabecera de la cama, un tabique se había desprendido desde unos tres metros de altura, dejando al descubierto un hueco de metro y medio de anchura por medio de profundidad.

¿Qué espeluznantes historias de crímenes guardaba aquel hueco?



Kelltom McIntire

Doce días de horror

Bolsilibros: Selección Terror - 228

ePub r1.1

xico_weno 16.12.14

Kelltom McIntire, 1977
Diseño de cubierta: Jorge Sampere

Editor digital: xico_weno
ePub base r1.2





ft
SELECCION
TERROR

Capitulo Primero

Algún día tenía que ocurrir y el momento había llegado.

El viejo edificio de Pompas Fúnebres Blythe estaba ardiendo por los cuatro costados.

Por fortuna, el caserón estaba absolutamente aislado, al final de Chiny Row, y era improbable que el fuego se propagase a otros edificios.

Eran las diez de la noche.

Alrededor de la casa incendiada se reunió; en seguida un grupo de vecinos que comenzaron a cambiar entre sí exaltados comentarios.

—Naturalmente, tenía que ocurrir algo así. Las instalaciones del señor Blythe no reunían la menor seguridad…

—El sótano estaba lleno de bombonas de formol, de ácidos de los empleados en el embalsamamiento de cadáveres.

—¡Dicen que míster Blythe está dentro!

—¡Aquí viene Hussy! ¡Preguntémosle!

Hussy, un hombrecillo calvo, fue inmediatamente rodeado por los excitados curiosos.

Era cierto.

Horace Blythe se encontraba dentro del caserón.

—Salió hacia las nueve —afirmó Hussy—. Me dijo que iba a tomar un encargo, que volvería en un cuarto de hora. Y volvió, puntualmente. Me saludó en la puerta. No volvió a salir.

—No podrá salir —dijo el gordo Bond, el carnicero—. ¡La planta baja está convertida en un infierno candente!

Se había avisado a los bomberos.

Sin embargo, el edificio ardía ya por los cuatro costados.

—¡No podrán hacer nada! —exclamó la vieja Sally Purdley, con los ojos brillantes, sumamente agitada—. El almacén está lleno de féretros y la viguería es de madera. Antes de que lleguen los

bomberos, el edificio entero se hundirá.

Las gigantescas llamas se elevaban al cielo. De vez en cuando, se hundía una sección de la techumbre y entonces una nube de chispas incandescentes subía hacia las alturas.

—Habría que hacer algo —dijo Terrell, un esquelético agente de seguros.

—Sí —asintió Bond.

Pero nadie se movió.

En realidad, hubiera sido una locura arriesgarse a través de alguna de las dos puertas del negocio, por las cuales brotaban de vez en cuando bocanadas de fuego.

Luego se produjo una nueva explosión y por todas las aberturas de la casa brotaron lenguas de fuego. El aire se llenó de un acre hedor a gas, que obligó a los curiosos a retirarse unos metros.

Por fortuna, pocos minutos después sonaba la sirena de los bomberos.

Los diligentes hombres de uniforme azul y hombreras doradas desenrollaron velozmente las mangueras y potentes chorros de agua fueron dirigidos hacia puertas y ventanas.

Sally Purdley frunció sus facciones de bruja.

Nada le molestaba más que aquellos hombres vinieran a acortar la duración del gratuito espectáculo.

El ángulo oeste del caserón se derrumbó súbitamente con gran estruendo.

Las vigas de la planta primera y de la techumbre se prendieron rápidamente en medio de una gran nube de polvo.

Algunas mujeres gritaron de espanto cuando un ataúd rebotó sobre los duros adoquines del pavimento y se deshizo en astillas.

Un cadáver rodó sobre el piso como un pelele y quedó inmóvil, boca arriba, con los ojos abiertos, como si el difunto se sintiese ansioso por participar también en el espectacular siniestro.

Tres bomberos se apresuraron a correr hacia allá, saltando por encima de los cascotes, y retiraron rápidamente el cadáver, que fue trasladado poco después en una ambulancia.

La vieja Purdley golpeó en un codo al ventrudo carnicero Bond.

—Dicen que míster Blythe estaba embalsamando tres cadáveres. ¿Qué pasará con ellos? ¡Se quemarán, se consumirán como pavesas! —exclamó excitada, con morbosa fruición.

Bond apartó la sarmentosa y fría mano de la repelente anciana y gritó, exasperado:

—Conozco a alguien que también debieran quemar… viva… ¡A ti, vieja bruja!

Sally pronunció una maldición y se alejó, bufando.

Entretanto, Hussy, el empleado de las Pompas Fúnebres Blythe, gesticulaba ante el jefe de los bomberos.

—¡Tienen que hacer algo! ¡El señor Blythe está dentro…!

El jefe movió pausadamente su cabeza. Tenía su rostro redondo, rojizo, cuyas fofas mejillas temblaron al denegar con el gesto.

—¡Es imposible, imposible! ¿No ve que toda la planta baja está convertida en un horno? Sería un suicidio… No pienso enviar mis hombres ahí dentro… ¡perecerían carbonizados!

Un nuevo camión de bomberos se abrió paso en aquel momento a través de la muchedumbre y el retén de bomberos se sumó en seguida a la difícil tarea de extinguir el imponente brasero.

Una nueva explosión conmovió el edificio desde los cimientos hasta el tejado, seguida de gigantescas llamaradas.

Un líquido combustible, inflamado, se extendió sobre el pavimento y se deslizó hasta los sumideros, al borde del encintado.

—¡Atrás! ¡Atrás! —gritaba el jefe de bomberos, despavorido.

Por fortuna, pronto llegó un furgón de la policía. Una docena de bobbies (Apelativo familiar que los londinenses dan a los policías callejeros) descendió a la carrera y en pocos minutos fue establecida una barrera de protección alrededor del caserón siniestrado.

El alto muro oeste —debilitado tras el derrumbamiento del ángulo próximo—. Se hundió de repente y su fábrica de ladrillos, viejísima, se deshizo en el aire antes de caer al suelo con gran estruendo.

—¡¡Allí, allí!! —gritó la Purdley con un chillido agudísimo.

En la fachada principal, a la altura de la primera planta, los cristales de dos ventanas saltaron en pedazos.

Una silueta se recortó a contraluz.

Agitaba los brazos desesperadamente y parecía a punto de saltar al vacío.

—¡Es… es el señor Blythe! —exclamó Hussy, demudado.

—¡¡Una lona, rápido, una lona!! —demandó, congestionándose por momentos, el jefe de bomberos.

Sin embargo, cuando la lona fue extendida bajo aquella ventana, la silueta humana había desaparecido de la ventana.

—¡No logrará escapar, no saldrá de ahí! ¡Se achicharrara vivo! —clamaba la vieja Purdley a todo aquel que tenía paciencia suficiente para escucharla.

Temerariamente, un joven policía —el sargento Thames— se dispuso a intentar el rescate.

Uno de los camiones de bomberos se aproximó hasta unos cinco metros de la fachada y una escalera mecánica ascendió lentamente.

Sobre el tejado de placas de pizarra se veía la ventana de una buhardilla a través de cuyo vano se divisaban las llamas.

Thames, con el uniforme azul empapado en agua de la manguera, comenzó a ascender por la escala cuando una gran sección de la fachada se hundió con gran estrépito.

—¡¡Es imposible!! —gritaron desde abajo los bobbies—. ¡Baje de ahí o morirá aplastado bajo los cascotes!

El sargento Thames vaciló un momento, pero finalmente decidió desistir de su temerario intento.

La casa entera ardía ya en medio de enormes llamaradas.

—Los ácidos se han expandido por toda la casa —opinó uno de los curiosos—. Blythe no podrá escapar. ¡Será una muerte horrible, atrapado como una rata en medio del brasero!

Como si sus palabras fueran un presagio, alguien apareció por la ventana de la buhardilla.

A la luz de la inmensa fogata, sus facciones fueron claramente visibles: se trataba de Horace Blythe.

Las mujeres chillaron horrorizadas al comprobar que Blythe caía sobre el tejado con las ropas ardiendo.

Un estremecimiento de pánico agitó a todos los presentes.

Pero los curiosos continuaron apiñados en borreguil grupo, mientras se escuchaban las exclamaciones contenidas de los bomberos y las maldiciones del sargento Thames, que pugnaba por soltarse de los brazos de sus compañeros y correr en ayuda del desgraciado señor Blythe.

Sobrecogidos de espanto, los espectadores pudieron ver cómo Blythe se arrastraba sobre las losetas de pizarra en un desesperado intento de alcanzar la cornisa.

Luego, de improviso, toda la techumbre se hundió y Horace

Blythe desapareció en medio de la ígnea vorágine.

—¡Dios mío, Dios mío! —clamaba una jovencita, ocultando, su rostro entre los abultados senos de su gruesa madre, una verdulera muy conocida en el cercano mercado de Sun Market.

Se oyó una horrísona explosión y las gentes se desparramaron, despavoridas.

Lo que quedaba del caserón se hundió inmediatamente y la gran hoguera se avivó considerablemente.

Las mangueras de los bomberos continuaron arrojando abundantes chorros de agua sobre el rescoldo hasta que, bien entrada la madrugada, el fuego quedó extinguido.

Una brigada de obreros comenzó a desescombrar cuando vino el nuevo día.

El cadáver de Horace fue hallado entre los cascotes. O, para ser más exactos, fue hallado su esqueleto calcinado.

De entre las cenizas recogieron la montura de sus gafas, totalmente deformada, y su reloj de oro, casi fundido por la alta temperatura.

CAPITULO II

El inspector Paul Warwick regresó al atardecer al edificio de New Scotland Yard.

Warwick era un hombre de estatura mediana, aspecto macizo, movimientos pausados, típicamente británicos, ojos azules e irónicos, cabellos rubios y lisos, perfectamente peinados hacia atrás, nariz fina, un tanto aguileña, y un bigote rubio muy bien recortado.

Era un tanto desaliñado en el vestir, pero su traje gris estaba perfectamente cortado y sus camisas y corbatas eran siempre elegidas con gran cuidado, de forma que hicieran juego con el traje y con sus facciones en general.

Aquella mezcla de desaliño y elegancia conseguían un matiz *snob*, muy agradable.

Warwick tenía treinta y cinco años, poseía fortuna propia, y —aparte de continuar en el Yard hasta los sesenta años— sólo tenía un anhelo bien conocido por todos sus camaradas: continuar soltero por el resto de sus días.

Sin embargo, se equivocaría lamentablemente quien pensase que Paul Warwick era un misógino, un individuo indiferente al encanto femenino. Nada más lejos de la realidad. Sólo que… Warwick tenía ideas propias acerca del matrimonio y de cualquier vínculo *sine die*.

Como decíamos, el inspector Warwick llegó al Yard a las siete de la tarde conduciendo su pequeño «Cooper» plateado.

Dejó el coche en el garaje, subió en el ascensor hasta la planta tercera y entró en su despacho de la sección de Homicidios.

Preparó una taza de té con gran habilidad y se dispuso a saborear la aromática infusión, cuando penetró en su despacho el comisario Hawkins.

Hawkins tenis una blanca melena leonina y un rictus malhumorado en sus severas facciones aguileñas.

—Le estaba esperando, *sir* —exclamó irónico—. Pero usted se

sienta tranquilamente en su despacho a tomar el té.

—Nada más importante que una taza de té para poner en orden las ideas —respondió Warwick, flemático.

—Ah, *sir* Paul Warwick tiene ideas…

—Muy embarulladas, pero sí, las tengo. He estado buscando a Roger Cardinal —declaró al inspector.

—Y supongo que lo ha encontrado.

—No —respondió Warwick, muy tranquilo.

Hawkins enrojeció violentamente.

—¿Quiere decir que ha desperdiciado toda una jornada para… nada?

—Bueno, he averiguado algunas cosas. A Cardinal le gustaba apostar a las carreras de caballos…

—Eso ya lo sabíamos.

—Pero no estaba comprobado.

—En fin —clamó el comisario, impaciente—. ¿Eso es todo?

Paul se llevó la taza de té a los labios.

—¿Quiere una? —preguntó con gran amabilidad.

—¡Váyase al diablo! —barbotó Hawkins—, ¿quiere contestar a mi pregunta de una vez?

Paul decidió no seguir impacientando a su jefe. Hawkins, cuando se disgustaba, sufría terribles ataques al hígado.

—Averigüé que nuestro infeliz actor vivía en una pensión de Violet Lañe, en el corazón del Soho. Su patrona, la señora Hims, tuvo la amabilidad de informarme de que Roger Cardinal le debía ochenta libras, pero que hace dos días le anunció que iba a cobrar quinientas, lo cual permitiría a Cardinal liquidar su deuda.

—Vamos, Warwick: Cardinal es un cómico de mala muerte. Nunca fue un buen actor y nunca lo será. ¿De dónde iba a sacar las quinientas libras? —gruñó el comisario, impaciente.

—Cardinal no se lo dijo a la señora Hims, desde, luego. Pero parecía muy alegre, como si todas sus preocupaciones hubieran terminado de golpe…

Hawkins dio media vuelta y se alejó hacia la puerta, tras lo cual volvió rápidamente y se encaró de nuevo con Paul Warwick.

—Paul, estamos investigando un caso de violación con asesinato, entérese de una vez. Alguien facilitó un retrato robot que coincide muy sospechosamente con los rasgos faciales de Roger Cardinal. Y

usted parece tan indiferente…

—Realmente, existen casos impresionantes de parecido físico entre personas que nada tienen que ver entre sí —declaró Paul, tras encender un «Players»—. Yo mismo, el año pasado, en Brighton, tropecé con un individuo que se parecía a mí como una gota de agua a otra…

—¡¡Warwick!! —gritó el comisario, exasperado.

Paul se puso serio, previendo las consecuencias que para el hígado de Hawkins pudieran tener sus frívolos comentarios.

—Está bien, señor: Cardinal nada tiene que ver en el caso del asesinato de Olivia Thompson.

—¿Cómo lo sabe?

—Cardinal estaba ingresado en el hospital el día que ocurrió el asesinato de *miss* Thompson. El día anterior sufrió un infarto de miocardio y tuvo que ser llevado urgentemente al hospital. Tengo el testimonio del doctor Davis, de la enfermera Gallager, del vigilante Quayle, de…

—Pero ¿por qué no me dijo todo eso antes? —inquirió Hawkins, estupefacto.

—Estaba tomando mi taza de té, señor —pronunció Warwick, como tajante y definitiva justificación.

Hawkins se alejó bufando, pero Paul le detuvo antes de salir.

—Hay algo más, comisario.

Hawkins se volvió y le dirigió una mirada furibunda.

—¿Y qué espera para decirlo de una maldita vez? —bufó.

—Usted no me ha dejado terminar —respondió Warwick, calmoso. Y ofrecióˆ—: ¿Quiere un cigarrillo?

—¡¡No!! —gritó—. ¡Quiero su informe!

Hawkins parpadeó, confuso.

—Además, usted sabe que yo no fumo.

—Es cierto, lo había olvidado. Y hablando de ello: fue su más sensata decisión, la de dejar de fumar. Su bronquitis le hacía toser de la mañana a la noche, según quiero recordar…

—Al grano, Warwick, ¿o quiere terminar con mi paciencia?

—Desde luego que no, señor. Lo que tenía que decirle es que he descubierto al asesino de Olivia Thompson. Se trata de un actor llamado Phil Delaney —declaró Warwick, sin darle la menor importancia al asunto.

—¡Dios santo! —gimió el comisario, llevándose las manos a la cabeza, colérico—. ¿Por qué no me lo dijo desde el principio?

—Usted no me dejó. Recuerde. Comenzó a hacer comentarios sobre mi forma de tomar el té. —Se justificó el inspector.

Hawkins hizo un tremendo esfuerzo por controlar sus sentimientos.

—Está bien: explíquemelo todo —rogó, tras un bufido.

—Me presenté en el sindicato de actores para preguntar por Cardinal y de paso mostré al secretario la copia del retrato robot del asesino. «Ése es Phil Delaney», declaró, sin dudar. Conseguí una foto de Delaney y su dirección. Delaney había tenido la desfachatez de llevar a la chica a su hotel, unos días antes. *Miss* Thompson abandonó la habitación despeinada, casi desnucada y llorosa. Por desgracia…

—¿Qué?

—Delaney emprendió un vuelo a París anoche mismo, por lo que no pude detenerlo y traérselo aquí, señor. Pero tengo los testimonios de un botones, del conserje, del camarero del segundo piso, de…

—¡Basta! —le interrumpió Hawkins—. Delaney es nuestro hombre. Me comunicaré inmediatamente con la Interpol de París, interesando la detención de Phil Delaney.

Se alejó rápidamente hacia la puerta, salió y cerró.

Un segundo después volvía a abrirla.

Desde allí dijo:

—Buen trabajo, Paul.

—No merece elogios, señor —respondió Warwick, irónico.

Hawkins cerró de un portazo.

Cinco minutos después volvió al despacho del inspector Warwick.

—Por cierto, Paul: han estado llamándole por teléfono durante todo el día. Era una persona llamada Cyrus Tocker.

—No le conozco. ¿Quién es?

—Dijo que era notario, albacea del señor Horace Blythe.

—Horace Blythe es mi primo. Pero no comprendo…

—Tocker me encargó que le invitara al funeral por el alma del señor Blythe, que tendrá lugar mañana en el templo anglicano de Saint Peter.

Paul se puso en pie bruscamente.

—¿Funeral? —inquirió, alarmado—. ¿Es que Horace ha muerto?

—Sí. Murió achicharrado, después que su negocio de pompas fúnebres se incendiara, .en la noche del día diecisiete de octubre. Blythe estaba dentro. Debió descuidarse y… En fin, no pudo escapar —le informó Hawkins.

Paul tragó saliva. Su expresión de hombre exageradamente flemático e indiferente había desaparecido.

—¿Por qué no me lo dijo antes, señor? —inquirió, ya recuperado.

—Usted no me lo preguntó, *sir* —respondió Hawkins, con gran aplomo.

CAPITULO III

Regresé a mi cómodo apartamento de Chelsea hacia las diez de la noche.

Y confieso que me sentía un poco impresionado por la muerte de Horace.

Para superar mi pésimo estado de ánimo, me serví un *whisky* doble y bebí la mitad del primer trago.

Puse el televisor, intentando distraerme, pero volví a apagarlo a los pocos minutos: no conseguía apartar de mi pensamiento el recuerdo de Horace.ˆ

Jamás había sentido simpatía ni afecto por mi primo.

Sin embargo, no podía impedir un sentimiento conmiserativo al recordar la horrible muerte de Horace, al imaginar sus espeluznantes sufrimientos, quemado vivo entre los muros del viejo caserón de Chiny Row, donde estaba ubicado su negocio funerario.

Mientras fumaba un cigarrillo tras otro, rememoré la figura de Horace.

Era un hombre de una apariencia nada agradable: alto, magro, desgarbado, un tanto jorobado, patizambo…

A sus cuarenta y tres años, Horace Blythe estaba casi calvo a excepción de los hirsutos cabellos que brotaban de sus parietales y que, por cierto, le daban una sorprendente semejanza con un ave nocturna.

Horace tenía un rostro estrecho, demacrado, nariz aquilina, ojos saltones recorridos por venillas sanguinolentas, labios descoloridos, y un cuello flaco y prominente de ave desplumada.

La nuestra era una familia respetable y rica, todos cuyos miembros vivientes desempeñaban profesiones importantes y bien vistas…, excepto Horace Blythe, quien después de estudiar Medicina a lo largo de tres años, terminó aburriéndose y abandonó los estudios.

¿O no era así? Algún miembro de la familia afirmaba que Horace demostraba una afición desmedida hacia todo lo tétrico, lo macabro, y que por eso se había decidido por una profesión tan desagradable: las pompas fúnebres.

Aún recuerdo a Horace, cuando yo era un niño y él un mozalbete. Le encantaba construir pequeños nichos donde enterraba a toda clase de bichejos, desde lagartijas y pequeñas culebras, hasta sapos, ranas, ratones e incluso cucarachas.

Cuando éramos adolescentes, todos nos burlábamos de Horace, de su aspecto desgarbado y grotesco, de sus manías por todo lo fúnebre y mortuorio, que acabó por repelernos.

Mi madre se llamaba Blythe y era hermana de Orson Blythe, el padre de Horace, que sólo tuvieron este hijo.

Horace, tras abandonar la Universidad, se marchó a Egipto por unos años y cuando volvió abrió el negocio de pompas fúnebres de Chiny Row.

¡Pobre Horace…!

¡Cuántas bromas tuvo que aguantarnos en nuestros * años jóvenes!

Pensando en él ahora, debo recordar que incluso llegábamos a la crueldad en nuestras burlas, de las que siempre, naturalmente, el objeto era el primo Horace Blythe.

Tenía un gran desván en el domicilio familiar de la calle Goodfellow, que nosotros, sus primos, tomábamos al asalto en cuanto llegábamos a su casa.

Leíamos sus increíbles y morbosos diarios, agregábamos humorísticas notas de nuestra propia cosecha o dejábamos en su mesa de estudios tremendos anónimos amenazadores, firmados por lo normal por
Ramsés III
, Tutankamón, Drácula, Frankenstein y otros personajes de la literatura de terror.

Un día encontramos un viejo arcón en la parte más alejada del desván y decidimos gastarle una broma más.

Forramos el interior del arcón con una vieja colcha de seda, colocamos cuatro candelabros con cirios en sus extremos y yo mismo me introduje en el improvisado féretro.

Mis primos me «amortajaron» sumariamente con una sábana y

maquillaron mi rostro con tan efectivo arte que yo mismo me asusté cuando me permitieron mirarme en un espejo.

Apenas podíamos contener la risa porque sabíamos que Horace, el desgarbado e introvertido Horace, llegaría poco después a su sancta sanctorum del desván.

Ayudado por mis primos, me introduje en el arcón y esperé mientras ellos corrían a esconderse.

Yo tuve que hacer un enorme esfuerzo por no romper en carcajadas burlonas.

Al cabo escuché los pesados pasos del joven Blythe, que ascendía la escalera.

Abrió la puerta y se detuvo un momento.

Yo le veía, tan tieso y espigado, plantado rígidamente ante mí y por un momento sentí miedo.

Si esperábamos que Horace se asustase, quedamos todos chasqueados.

Porque mi primo unió sus manos sobre el pecho, cayó de rodillas y rompió a cantar el «De Profundis». (Canto litúrgico, fúnebre, que se suele entonar en algunos actos funerales) con voz engolada y grave.

Al cabo, se inclinó sobre mí, puso sus manos sobre mis pies, y exclamó:

—Al fin, tu espíritu y tu carne se han separado, ¡oh, alocado primo Paul! Tu espíritu…, tu espíritu es importante, excelso, pero tu carne… me serviría para realizar mis primeras experiencias sobre momificación.

Quedé aterrado.

Horace tenía una expresión tan seria y convincente, que imaginé que él me creía, en verdad, muerto.

Sin embargo, mis primos ocultos en un gran armario al fondo del desván, no se amilanaron lo más mínimo.

De repente brotaron del armario en tropel. Y reían a carcajadas, y saltaban alrededor de Horace al tiempo que gritaban jocosamente, alzando los brazos con las palmas extendidas.

—¡Oh, espíritu de las tinieblas, oh, poderoso sucesor de los embalsamadores del antiguo Egipto…!

Yo escogí ese momento para «resucitar» y grité, muy nervioso:

—¡Honor al honorable jefe de la Casa de los Muertos! ¡Gloria al

insigne Tallach, señor de las tripas y de las carroñas…!

Horace enrojeció.

—Así que todo era una broma —murmuró, tan corrido que sentí compasión de él.

Bruscamente se puso en pie, abrió la puerta y desapareció.

Confieso que en nuestra infantil inconsciencia nos burlábamos continuamente de él, que solía huir de nosotros como de la misma peste.

Mi padre, el coronel Warwick, me envió al ejército en cuanto terminé la enseñanza secundaria, por lo que durante varios años se interrumpió mi relación con Horace Blythe.

Cuatro años después yo abandoné la academia de Sandhurst. Maldita la gracia que me hacía pasarme el resto de mi vida en un cuartel, pero el coronel Warwick tenía todas sus ilusiones puestas en mí y seguí en el ejército hasta que mi padre murió dos años más tarde.

Mi madre no tardó mucho tiempo en seguir el camino de mi padre. Me legaron una fortuna que hubiera sido suficiente para vivir cómodamente por el resto de mis días, pero yo tenía ya una idea respecto a mi porvenir: ingresar en el Yard.

Fue relativamente fácil, aunque los primeros tiempos fueron duros para mí, que tuve que plegarme a una rígida disciplina y comenzar de nuevo desde los peldaños inferiores de la escala policial, hasta que finalmente conseguí mi grado de inspector.

Yo había perdido todo contacto con el resto de la familia. Muy de tarde en tarde veía a Horace Blythe.

Tenía un aspecto tan lúgubre y grotesco como siempre, pero alguien me dijo que su negocio marchaba muy bien.

Que su afición por lo fúnebre y espeluznante no había variado lo más mínimo, lo supe cuando me anunció que había adquirido una casa al borde del Támesis, aguas arriba.

Pero no era una casa cualquiera, sino Carver Manor, la mansión que perteneció, años atrás, a un famoso criminal muerto en la horca.

El anterior dueño de Carver Manor había sido *sir* Cyril Hartman el Descuartizador de Londres.

Hartman había sido un egiptólogo famoso hasta que a los cincuenta años su razón se debilitó —probablemente por el exceso

de soledad y estudio— y decidió poner en práctica por sí mismo los antiguos métodos de los embalsamadores egipcios de los tiempos de los faraones.

Sir Cyril poseía abundantes fórmulas más o menos mágicas para la conservación de los cadáveres y una abundante literatura técnica sobre el tema.

Sin embargo, le faltaba lo más importante para llevar a cabo sus locas experiencias: los cadáveres.

Podía haberlas robado de los cementerios o de los depósitos de cadáveres, como otros siniestros personajes habían hecho con anterioridad, pero *sir* Cyril no quería conformarse con carroñas corrompidas.

En poco más de dos años, *sir* Cyril asesinó a doce personas, la mayor parte hombres y mujeres muy jóvenes.

Montó su abyecto laboratorio en el sótano de Carver Manor y trabajó día y noche en su repugnante trabajo.

Por desgracia, o bien sus cálculos estaban errados, o no poseía la suficiente habilidad manual para llevar a cabo con éxito su escalofriante vocación…

El caso es que los cadáveres de sus víctimas se corrompían en seguida y *sir* Cyril no veía mejor forma de desprenderse de ellos que arrojarlos al río.

Una noche la policía penetró en Carver Manor y encontró a Hartman en el sótano vaciando el vientre de una jovencita de veinte años.

Sir Cyril fue detenido y condenado a la horca.

Por aquellos años, los tribunales no aceptaban como circunstancias eximentes o atenuantes los trastornos mentales transitorios. O al menos, tales trastornos no eran aceptados con tanta facilidad.

Lo cierto es que *sir* Cyril Hartman fue a parar a la horca.

Su casa, Carver Manor (Mansión del Descuartizador), como se llamó desde entonces, estuvo muchos años deshabitada, Cosa lógica, puesto que no todas las personas tienen estómago suficiente para habitar en un lugar escenario de tan horrendos crímenes.

No pude evitar un escalofrío de repugnancia cuando el propio Horace me dijo que había comprado aquella casa.

Pero él tenía sus razones:

—La primera —puntualizó— es que me ha costado muy barata. Y además, más que el edificio en sí, muy descuidado y semiderruido, me interesa la biblioteca de *sir* Cyril, que contiene más de dos mil volúmenes que tratan del arte de embalsamar desde la antigüedad hasta nuestros días.

Después cambió bruscamente de conversación y me reprochó veladamente mi alejamiento. Habló en el mismo sentido de mis primos, pero yo argüí en mi descargo, que mi trabajo en el Yard absorbía casi todo mi tiempo.

Nos despedimos rápidamente y… no volvimos a vernos hasta mucho después.

La verdad era que mi primo Horace Blythe me repelía. Y algo semejante sucedía con mis parientes y con todos cuantos pudieran tener relación con él.

Confieso que a veces me remordía la conciencia y pensaba que debía visitar a Horace, al menos cuando llegaban las Navidades.

Sin embargo, yo sentía repugnancia por el caserón de Chiny Row, en el que sólo había estado una vez, y ello por imperativos de mi profesión de policía.

En cuanto a visitarle en Carver Manor, ni hablar.

Por otra parte, fuera de aquellos dos tétricos edificios, a Horace sólo podía encontrársele en algún funeral c enterramiento, dirigiendo al grupo de desagradables individuos que formaban su nómina.

Ahora, Horace muerto, sólo quedaba asistir a su funeral —sus calcinados restos habían sido ya sepultados— y rezar una oración por su alma.

Absorto en tan tristes pensamientos, me serví otro *whisky* y me fui a la cama muy temprano.

A las once de la mañana bajé a la calle. Estaba lloviendo y el viento zumbaba tan fuerte que me apresuré a entrar en el garaje Adams para recoger mi coche y dirigirme a Saint Peter.

CAPITULO IV

El templo de Saint Peter es utilizado casi exclusivamente en sepelios y otras ceremonias fúnebres.

No era muy agradable la estancia bajo las altas bóvedas.

Se diría que olía a muerto.

Lo cual no resulta tan extraño, puesto que no todos los mortales o sus deudos disponen de dinero suficiente para hacer embalsamar sus cadáveres. Es corriente en Londres enterrar a los muertos dos y hasta tres días después de su muerte, con lo cual el típico hedor de la cadaverina se expande en el ambiente, aunque se intente desvirtuarlo con esencias aromáticas.

Había muy pocas personas en el templo.

Exactamente diez: mis seis primos y los cuatro empleados de Horace Blythe, sin contar al ministro que rezaba con voz campanuda.

Mis primos se volvieron al oír mis pasos.

Vi a Evan, enorme, con una triple papada que llegaba a ocultar su cuello e incluso la negra corbata.

Junto a él estaba su hermano, el corpulento Ronald, con apariencia de cargador de muelle…, aunque su traje costase más de cien libras esterlinas.

A continuación, vi a Alloysius Walston, delgado, elegante y pulcro, y a su hermana Cassy, (Cassandra), una estirada solterona de rostro severo y expresión fría como el hielo.

A la derecha estaba Alex Blythe, un hombre de unos cincuenta años, de aspecto próspero, grueso, opulento, que dirigía una importante compañía importadora.

Y finalmente estaba Jenny
O’Neill
la más joven, fragante y fresca de todas las criaturas. Jenny sólo tenía veintitrés años y recibí una agradabilísima sorpresa al verla,

pues hacía muchos años que no estábamos en contacto y yo sólo tenía de ella el recuerdo de una niña sonriente embutida en su «*baby*» de colegial.

Todos ellos eran hijos de hermanos o hermanas de mi madre, a excepción de Jenny, que estaba emparentada con la familia por vínculos más lejanos.

Yo tomé asiento a cierta distancia de ellos y el ministro anglicano prosiguió con sus preces.

El ambiente era denso, cargado, casi irrespirable, pues el templo apenas tenía ventilación y numerosos cirios ardían en los muros.

Al fin, el oficio religioso terminó.

Yo me dirigí en seguida a la salida y encendí un cigarrillo.

Alex Blythe se reunió en seguida conmigo y me saludó con un ligero:

—Ah, pero si se trata de nuestro joven sabueso del Yard… No creí que asistieras al funeral.

—¿Por qué, querido Alex?

—Bueno, en realidad, yo tampoco me sentía muy predispuesto a venir. Al fin y al cabo, Horace nunca…

Se interrumpió, porque nuestros restantes primos salían ya del templo.

Fui saludando uno a uno, y finalmente, besé a Jenny en las mejillas, que sonrió encantadoramente y me correspondió de la misma forma ante la rígida presencia de Cassy Walston.

—¡Preciosa! —Alabé con toda sinceridad—. Te has convertido en una bella mujer, Jenny.

—Y tú en el arrogante hombre del Yard —sonrió ella, afectuosa.

Intercambiamos algunas frases con los primos.

—¿Volveremos a vernos, Jenny? —susurré al oído de mi prima.

—Estoy segura de ello, Paul —respondió. Y acompañó la frase con un guiño de complicidad.

Comencé a despedirme rápidamente, pues no deseaba prolongar la conversación en el atrio del templo.

Pero el corpulento Ronald Blythe me sujetó por un brazo.

—Pero ¿es que no lo sabes? El albacea de Horace, un tal Cyrus Tocker, nos ha citado a todos en su despacho —dijo.

—No sabía nada. ¿Por qué esa citación? —pregunté, intrigado.

—Se trata del testamento de nuestro primo —me informó el

obeso Evan, abriéndose paso dificultosamente entre sus primos, debido a su exagerado volumen.

Estuve a punto de soltar la carcajada. En realidad, sólo logré contener mi hilaridad por respeto al lugar a cuyas puertas nos hallábamos.

¡Tendría gracia que Horace Blythe nos hubiera nombrado en su testamento…!

—Yo no recibí citación de ninguna clase —respondí, al cabo.

Alloysius Walston, que estaba escuchándonos, intervino:

—Tú también deberás estar presente, Paul —dijo—. Me informó de ello Cyrus Tocker en persona.

—Bien —respondí, confuso—, ¿cuándo se celebrará el acto?

—A las doce del mediodía. Es decir —consultó rápidamente su reloj de pulsera de oro—, dentro de quince minutos. Por si no lo sabes, el despacho de Tocker se encuentra en el número veintidós de Garden Road.

A las doce y cuarto me esperaba en el *pub* de Ted Carpentier, Mónica Allen, una bella modelo de alta costura a la que me unía la afición al jerez legítimo, al póquer y a… la intimidad.

Sin embargo, mi cita con Mónica podía esperar. Estaba, por otra parte, la presencia de la bonita Jenny O’Neill, mi atractiva prima.

—Iré —accedí—, al fin y al cabo, creo que es lo menos que podemos hacer en honor de nuestro difunto primo.

Jenny había venida en el imponente «Rolls Royce» de los Walston, pero ella captó fácilmente mi disimulado ademán de invitación, por lo cual se apresuró a disculparse con Cassy y a seguirme hasta la acera de enfrente, donde yo había dejado mi «Cooper» al llegar a Saint Peter.

Durante el trayecto contemplé disimuladamente a Jenny.

Admiré sus facciones juveniles y llenas de vida, sus cabellos castaños, largos y sedosos, sus ojos verdes y vivos, su nariz perfecta, sus pómulos de melocotón, sus labios carnosos su fino mentón, la curva de sus pequeños y prietos senos y sus bellísimas y largas piernas.

Ella debió percibir mi admiración, porque exclamó:

—¡Oh, oh, Paul…! Vas a conseguir que me ruborice…

—¡Dios mío, eres una preciosidad de las que no abundan! E incluso tu rubor tiene el tono justo… —respondí.

Rió alegremente. Su risa era fácil, contagiosa.

—¿Sabes una cosa, Paul? —dijo ella, luego—. Creo que el primo Horace consiguió reunir una jugosa cantidad de dinero.

—¡Increíble! —comenté, distraído—. No creí que su negocio diera para mucho. ¿Veinte, treinta mil libras quizá?

—No lo sé. Pero Evan y Ronald Blythe hablaron de medio millón, quizá más —respondió ella, infantilmente admirada.

—Supongo que las donará a alguna institución projóvenes embalsamadores —bromeé.

—Nuestros primos tienen la esperanza de que Horace decidiera nombrarnos herederos de su fortuna —dijo Jenny—. Y aunque no sea momento oportuno, te aseguro que unos miles de libras no me vendrían mal. Aunque mi sueldo como profesora de idiomas en la American School me da lo suficiente para vivir con desahogo, me gustaría comprar un hotelito a unos kilómetros de Londres.

No tuve tiempo para hacer ningún comentario al respecto, puesto que habíamos llegado a Garden Road.

Había muchos automóviles estacionados en ambas aceras y perdí unos cuantos minutos en encajar mi pequeño coche entre el lujoso «Rolls» de los Walston y el larguísimo «Lincoln» de Alex Blythe.

Penetramos en el veintidós de Garden Road y ascendimos por una escalera hasta la segunda planta, donde un pasante de aspecto enfermizo y cabellos largos nos introdujo en el despacho de Tocker.

Tomamos asiento en una salita de diminutas proporciones y Tocker hizo acto de presencia.

Tenía una calva brillante, un rostro caballuno y unas gafas de miope que convertían sus ojos en diminutos puntitos oscuros.

—Veo que están todos aquí —declaró, tras dirigirnos una fugaz mirada—. Les he citado con el fin de darles a conocer la última voluntad del finado Horace Blythe.

Cambió sus gafas por otras que sacó de un estuche y rasgó los precintos del sobre que acababa de traer.

Tocker comenzó a leer con voz profesionalmente monótona el preámbulo del testamento:

—«Yo, Horace Blythe, soltero, de cuarenta y tres años de edad…».

Dejé de prestarle atención, para concentrar mi interés en admirar el pufo perfil de la bella Jenny
O'Neill
, mucho más interesante.

—… «asciende a un millón ochocientas mil libras netas, en dinero, acciones y otros valores, cuya cantidad será dividida, a partes iguales entre mis seis primos…».

Evan Blythe se atragantó y Ronald se irguió un poco más mientras Cassy Walston perdía un poco su habitual rigidez. Alex se frotaba las manos, satisfecho y Jenny me miraba con una curiosa expresión que podría traducirse por un «¿no te lo decía yo?».

—Hay una cláusula condicional. —Tocker nos miraba fijamente.

—¿Cuál? —pregunté yo, más audaz.

—Ninguno de los herederos entrará en posesión de su parte hasta el día dos de noviembre de este mismo año. Desde hoy y hasta la fecha citada, todos ustedes deben permanecer en la residencia que míster Blythe poseía a orillas del río Támesis, la propiedad conocida vulgarmente como Carver Manor.

—Es un capricho estúpido… —barbotó Ronald Blythe.

Pero Tocker simuló no oírle.

—Hay algo más —anunció—. Se trata del último mensaje de míster Horace Blythe a sus familiares y les ruego lo escuchen con toda atención. Dice así:

»Queridos primos:

»Aún recuerdo vuestras crueles burlas y vuestras salvajes pullas que nunca logré entender. Os mofabais de mi interés por los misterios de la muerte, me ofendíais y me humillabais constantemente.

»Sin embargo, sois mis únicos familiares y he decidido legaros la fortuna que conseguí reunir en tantos arios de sacrificio y soledad.

»Sólo quiero tomarme una humilde revancha: obligaros a permanecer durante trece días en un lugar que sé os causa repugnancia: Carver Manor.

»Bien entendido que gozaréis de todas las comodidades durante vuestra estancia allí e incluso podréis salir diariamente para atender a vuestros trabajos o negocios, pero viviréis en Carver Manor, desayunaréis, almorzaréis y cenaréis. Ninguno llegará más tarde de las diez de la noche ni saldrá a partir de la misma hora hasta el

nuevo día.

»Os preguntaréis a qué se debe este capricho. Quizá pretendo que os encontréis a vosotros mismos en la soledad de mi residencia o tal vez que entre sus muros lleguéis a comprender que es preciso respetar cuanto tiene relación con la muerte.

»En cualquier caso, el que falte a estas condiciones será desheredado automáticamente.

»Si alguno de vosotros muriese entre el veintiuno de octubre y el dos de noviembre, su parte en la herencia será dividida entre los demás, de forma que si, por azar, todos falleciesen menos uno, sería éste quien entrase en posesión del total de la herencia.

»No os alarméis por esto. Soy un hombre meticuloso y siempre me ha gustado prever todas las posibilidades y así, si todos muriesen entre las fechas citadas, la herencia sería administrada por míster Cyrus Tocker, quien tiene instrucciones mías secretas para disponer en la forma conveniente de mi fortuna…».

Todos permanecieron en silencio cuando el notario terminó de leer.

Mi particular opinión al respecto era sencillamente, que Horace Blythe estaba loco, cosa que yo siempre había sospechado.

—Cada uno de ustedes es libre de renunciar a la herencia ahora mismo. Sin embargo, permítanme hacerles ver que si la aceptan, recibirían en la medianoche del día dos de noviembre próximo la nada despreciable cantidad de…, ¡ejem!… Doscientas cincuenta y siete mil ciento cuarenta y dos libras —pronunció Cirus Tocker.

Miré a mis primos.

Y en seguida comprendí que ninguno de ellos estaba dispuesto a desdeñar más de un cuarto de millón de libras esterlinas… aunque tuvieran que permanecer durante trece días en la mansión del Descuartizados.

CAPITULO V

Llegué a Carver Manor a las tres de la tarde, tiritando, disgustado y… lleno de lodo hasta las cejas.

El camino que llevaba a la mansión estaba convertido en un barrizal. Si a ello se añade que llovía torrencialmente y el barro en el parabrisas casi me impedía la visión, se podrá comprender mejor lo que me había ocurrido; sencillamente, mi coche se deslizó fuera del camino y se atascó en mitad de un gran charco.

De nada me valió jugar con el cambio de marchas, el embrague y el acelerador: el giro de las ruedas sobre el barro sólo consiguió abrir grandes hoyos y poner perdido de fango a mi pobre «Cooper».

Aguardé estoicamente dentro del automóvil, mientras turnaba un cigarrillo. Confiaba en mi buena estrella: quizá de un momento a otro pasase por el camino alguien que quisiese echarme una mano.

Bajé el cristal para arrojar el cigarrillo fuera y noté algo extraño en el ambiente.

Giré bruscamente la cabeza y lo vi.

Tenía un aspecto escalofriante.

Sus cabellos, hirsutos, parecían cerdas, alrededor de un rostro brutal, de antropoide y unos ojos brillantes y malignos.

Sus ropas estaban deshechas en jirones. Pude ver su pecho, tan peludo que repelía, y los profundos arañazos que marcaban su brazo izquierdo.

Cuando conseguí sobreponerme a la sorpresa, abrí la portezuela y grité:

—Espere.

Me había estado espiando, era evidente, muy cerca de mí.

¿Con qué intenciones?

No logré averiguarlo porque el extraño individuo saltó con una agilidad inconcebible, chapoteó sobre las sucias aguas y escapó en una fantástica carrera a través de los olmos que limitaban el

camino.

Cuando corrí tras él y alcancé el bosquecillo, el intruso había desaparecido.

Volví al coche chapoteando.

Por fortuna, yo había sido suficientemente precavido para ponerme unas flexibles botas de becerro, antes de salir, dado el cariz tormentoso que presentaba el firmamento.

Empujé con fuerza y el coche se deslizó unos centímetros, pero resbalé y…; fui a parar al agua de espaldas.

Juré en francés, que es el idioma que prefiero para los juramentos y maldiciones más tajantes.

Después de mucho esfuerzo, mi coche avanzó un par de metros. Busqué unas ramas y las coloqué bajo los neumáticos, con lo cual, cuando volví a arrancar mi «Cooper», salió del charco, aunque patinando peligrosamente ya en un sentido ya en otro.

Conduje con exquisito cuidado el resto del camino… sobre todo si se tiene en cuenta la circunstancia que a su margen izquierda se deslizaba un profundo y herboso canal de turbulentas aguas rojizas.

El río corría a poco más de doscientos metros, a la izquierda.

Quizá aquel paraje fuera hermoso en verano, de día y con un sol brillante. Pero ahora, con un diluvio sobre mi cabeza, el camino enfangado y las sombrías y espesas arboledas a uno y otro costado, me pareció tétrico e inhóspito.

Carver Manor se destacó al fin en una revuelta del camino.

Confieso que me causó una impresión deprimente.

Más que una alegre casa de campo, aquello era una especie de monasterio de piedra, rodeado por todas partes de corpulentos árboles de más de veinte metros de altura, cuyo espeso boscaje caía sobre los tejados y envolvía los alrededores en una semipenumbra nacía agradable a plena luz del día.

Frené, bajé y tomé mi maleta.

Ascendí cuatro peldaños y pulsé un timbre.

Una doncella de unos cuarenta años y un hombrecillo de cabellos canosos salieron a recibirme.

—Ah, míster Warwick, le estábamos aguardando —dijo el hombrecillo, que llevaba un chaleco de mayordomo—. Soy Angus Saville, el mayordomo. La señora Herpenmind recogerá su equipaje.

Quedé muy impresionado. ¡Jamás hubiera imaginado que

Horace se hubiera permitido el lujo de contar con los servicios de un mayordomo y un ama de llaves…!

Angus me dijo que el camarero, un joven de veinticinco años, llevaría mi coche al garaje, si le entregaba las llaves.

Se las di y pedí a Angus que me guiara a mi habitación, pues necesitaba asearme cuanto antes y cambiarme de ropa.

—¿Han llegado todos? —pregunté.

—Así es, señor; sólo faltaba usted —respondió.

Me guió por una especie de claustro hasta una escalera anchísima de peldaños de granito y arquitectura medieval.

Por el camino, Angus me explicó que sólo llevaba al servicio de Horace Blythe un par de meses.

—Antes, míster Blythe sólo tenía al camarero, Nathan McGill. Un joven un tanto extraño para mi gusto, señor —añadió el mayordomo.

—¿Extraño? ¿Por qué? —interrogué.

—Yo creo que es… algo anormal, señor. —Angus bajó la voz—. Quiero decir… que no es muy, ¿cómo decirlo?… viril.

Sonreí comprensivo.

Nos detuvimos un momento en la escalera para permitir que el anciano recobrase el resuello, pues —según me confesó—, había cumplido ya los setenta y tres años.

Por alguna extraña asociación de ideas recordé entonces mi encuentro en el camino con el insólito individuo de los cabellos hirsutos.

Le expliqué a Angus lo que me había ocurrido y el anciano movió la cabeza, muy preocupado.

—He oído hablar de él. E incluso le he visto merodear por los alrededores de esta casa —respondió.

—¿Quién es? Tenía aspecto de un loco, o de un alucinado.

—No quisiera equivocarme, señor, pero mucho me temo que se trate de Hannival Simcus —murmuró.

—Pero…

—Me explicaré, señor. A unos cinco kilómetros de aquí está el manicomio de Moorgate. Se trata de un centro dotado de grandes medidas de seguridad, pues a menudo tienen que cuidar de peligrosos delincuentes cuya salud mental está en entredicho. Hace algo más de un mes y medio…

Un preso había escapado de Moorgate. En Carver Manor no había televisión, pero Horace Blythe estaba suscrito a un semanario de sucesos y el mayordomo había tenido noticias por aquel conducto de la fuga de Simcus.

—Mató a dos loqueros antes de fugarse. Los…

—Dígalo —le animé.

Angus tragó saliva.

—Los golpeó con sus puños hasta… hundir sus cráneos, señor. Créame, estoy horrorizado. ¡Imaginar que ese demente puede penetrar en esta casa y asesinarnos! —murmuró el mayordomo con un temblor de pánico.

—Tranquilícese, nada ocurrirá —dije, compadecido—. ¿Cómo es que aún no han detenido a Simcus?

—No puedo imaginarlo, porque la policía ha dado numerosas batidas por estos parajes. A menudo llegan hasta aquí y me preguntan si he visto al fugitivo.

Me dijo que era un individuo extremadamente ágil.

—Le he visto encaramarse a un árbol y saltar entre las ramas como un mono, señor. Se diría que es obra de magia: tan pronto se le ve a diez pasos, y en lo que dura un parpadeo ha desaparecido.

Lo que Angus me estaba diciendo no era precisamente para tranquilizarme, pero le aconsejé que no dijese nada de ello a los demás, pues no era raro que con aquella noticia cundiese el pánico.

Llegamos ante mi habitación, al final de un pasillo largo y húmedo.

Entré. La temperatura era cálida y la estancia excesivamente amplia y alta de techo, pero los dos radiadores de que estaba dotada bastaban para lograr una temperatura confortable.

Había, además, una gran cama con baldaquín, dos mesillas de noche, un gran armario de nogal una pesada mesa escritorio, varias sillas y un cuarto de aseo anexo.

Despedí al mayordomo cerré la puerta y me lavé y cambié de ropa rápidamente.

Un recuerdo llegó palpitante a mi mente: el de *sir* Cyril Hartman, el asesino que había matado a doce jóvenes, el monstruo que tras fracasar en sus artes de embalsamador, descuartizaba los cadáveres de sus víctimas y los arrojaba al Támesis, como pasto de los peces.

No soy un hombre fácilmente impresionable, pero el ambiente que se respiraba en la siniestra Carver Manor era deletéreo, viscoso, repugnante.

Hubiera dado algo importante por encontrarme lejos de allí, en la agradable compañía de Mónica Allen, quizá.

Pero estaba un cuarto de millón de libras por medio. Con todo, no era el dinero lo que me había traído a Carver Manor, sino la curiosidad.

Aunque de forma vaga, _ mi instinto de investigador me decía que en el testamento de Horace Blythe existía una trampa sutil, un peligro potencial, encubierto con la tentadora carnada de la herencia.

Abandoné mi habitación y descendí al salón central, donde se encontraban mis primos, alrededor de una alegre lumbre de troncos de roble.

Dos de mis primos —precisamente los hermanos Walston— discutían agriamente.

—¡Me marcharé! —gritaba Cassy cuando llegué—. La herencia de Horace no me interesa a mí, te interesa a ti, Alloysius.

—¡No me llames Alloysius! —bramó el elegante Blythe.

—Es tu nombre, ¿no? —contestó Cassy, ácida.

—Mis amigos me llaman Al. Pero… no sigamos discutiendo, Cassy. Te quedarás aquí —afirmó Alloysius.

—¡Por nada del mundo! No quiero morir asesinada —protestó su hermana.

—¡No seas estúpida! Nadie va a asesinarte.

—¿Has olvidado al loco que nos salió al encuentro en el lodazal? ¡Tenía unos ojos de fiera asesina y trató de golpearte, incluso llegó a agarrar el volante y estuvimos a punto de morir ahogados en el canal!

Llegué junto a ellos, pronuncié en voz alta un cortés «¡buenas tardes!» y todos callaron.

Me senté junto a Jenny y advertí que ella estaba asustada, quizá por la discusión que mantenían entre sí los Walston.

—Animo, pequeña —la animé—, ¿qué significa esa cara? Vamos a fumar un cigarrillo. Diré a Angus que traiga té y licores y jugaremos una partida a lo que sea.

Me sonrióˆ agradecida, y no se separó de mí cuando yo me

apreté aún más contra ella.

—Tú eres la única persona que ha sido capaz de infundirme confianza, Paul —susurró a mi oído—. Ellos… están metidos en sí mismos, en sus problemas y sus egoísmos. Míralos.

Desvié la mirada discretamente.

Evan roncaba estrepitosamente junto al fuego y su descomunal hermano, Ronald, contemplaba fijamente las llamas, con una expresión dura, ausente.

Más acá, Alex Blythe, el hombre de negocios de la familia consultaba con gran interés la sección bursátil de The Mirror.

Cerca de nosotros estaban los hermanos Walston, que proseguían su discusión en voz baja, contenida, dirigiéndonos de vez en cuando furtivas miradas.

Comprendí que Jenny tenía razón; cada uno estaba allí por su interés, y todos se desentendían de los demás.

Por un momento, me pregunté cómo siete personas sensatas —con su economía privada solucionada, además— nos habíamos plegado a la caprichosa voluntad de un loco como Horace Blythe.

Evan y Ronald Blythe eran financieros. Ambos se dedicaban a la financiación de edificios de oficinas y todo les iba viento en popa, según yo tenía entendido.

Los hermanos Walston eran ambos doctores en Medicina y poseían una clínica dedicada a tratamientos dietéticos. Muy cara, según era fama.

Alex Blythe dirigía su compañía de importación, Jenny era profesora de la American School y yo mismo tenía resuelta mi seguridad económica, sin contar con mi profesión de policía del Yard.

Lo más razonable hubiera sido mandar a… paseo a Horace Blythe y sus locos caprichos, pero…

Angus llegó poco después en compañía de Nathan, el camarero, y entre todos nos sirvieron té y licores en abundancia.

Observé a Nathan.

Era más o menos como el mayordomo me lo había, descrito; más bien bajo, delgado, se movía como un afeminado y tenía un rostro barbilampiño, sin rastro de barba, a pesar de sus veinticinco años.

Tenía depiladas las cejas y era indudable que se cuidaba mucho el cabello, peinado en una corta melena rizosa y brillante.

También noté que le temblaban demasiado las manos y que sus pupilas estaba desmesuradamente dilatadas…, lo cual quería decir que Nathan se drogaba, pero aquello no era cuestión mía.

Se hacía de noche por momentos y hubo que encender las luces.

Jenny se había puesto en pié para estirar las piernas y se alejó hacia la próxima ventana con una taza de té en la mano izquierda y un cigarrillo en la derecha.

Yo estaba contemplando a mis anchas sus bellas caderas enfundadas en un pantalón verde muy estrecho, cuando me sorprendió su horripilante alarido.

La taza de té cayó de sus manos y se destrozó contra el pavimento. Y Jenny retrocedió, tambaleante, con un rictus de horror en sus juveniles facciones.

—¡¡Jenny!! —grité, sorprendido—. ¿Qué te ocurre, qué has visto?

Corrí hacia ella y hundí mi mano derecha en el bolsillo de la cazadora donde descansaba una aplastada pistola marca «Beretta».

—¡¡Estaba ahí, en la ventana!! —gemía Jenny—. Tenía… una expresión horrible y sus manos…, ¡¡sus manos estaban manchadas de sangre!!

Abrí la ventana de golpe y traté de ver a través de la penumbra del anochecer.

Alguien corría entre los árboles. Se diría que se trataba de un animal, un perro o un ciervo quizá, a juzgar por el potente estrépito de ramas tronchadas. Pero la silueta que distinguí a contraluz era humana.

«Hannival Simcus», me dije.

Y disparé tres veces.

Pero el peligroso demente escapó en la oscuridad.

CAPITULO VI

Por una vez todos parecían más humanos.

Al y Cassy Walston había olvidado sus rencillas y cuidaban de Jenny. También Alex Blythe bromeaba, tratando de quitar importancia al incidente.

—He traído mi escopeta de caza —estaba diciendo—. Te aseguro que como ese fantasma vuelva a aparecer le llenaré las posaderas de perdigones…

Al Walston subió a su habitación y trajo una radio a transistores, que encendió en seguida con la intención de distraer a Jenny, que había sufrido una profunda impresión.

—Paul —me dijo en un susurro—, creo que voy a abandonar la partida. Me marcharé mañana mismo.

—De ninguna manera —respondió burlón—. ¿De dónde ibas a sacar el dinero para tu hotelito… a menos que quisieras casarte con el soltero Paul Warwick, «el sabueso del Yard»?

Conseguí hacerla reír. Y luego la reunión se fue animando. Claro que también influyeron los licores que —imagino que desde la Eternidad— nos enviaba generosamente el primo Horace.

La cena tuvo lugar a las diez de la noche. El comedor era inmenso y nosotros desde la altísima bóveda debíamos parecer hormiguitas alrededor de una mesa que medía diez metros de longitud.

Pregunté a Jenny dónde estaba su habitación y me respondió que al final del largo pasillo del claustro superior. Es decir, muy próxima a la mía.

Terminada la cena, mis primos comenzaron a desfilar y en el salón sólo quedamos Alex y yo, paladeando sendas copas de *brandy*.

—No me gusta este sitio, Paul —me confió—. Se diría que todo está impregnado de un fluido siniestro, espectral. ¡No me extrañaría ver aparecer de un momento a otro al fantasma de *sir* Cyril envuelto

en una sábana manchada de sangre…!

Sonreí.

—¿Por qué no renunciaste a la herencia, entonces? —exclamé.

—Quizá lo hubiera hecho, pero me tranquilicé al saber que tú también vendrías. Tu presencia me tranquiliza. Por otra parte… necesito ese cuarto de millón de libras esterlinas para consolidar mis negocios de importación.

—Creí que tus negocios marchaban viento en popa —insinué.

—Todos decimos lo mismo, pero lo cierto es que la mayoría estamos sin un penique disponible —respondió, con cierta amargura—. Ahí tienes a Evan y Ronald. Todo iba bien para ellos, pero hace un par de semanas…, ¡plaf!, el edificio de quince plantas que construían en la zona comercial se vino abajo como si fuera de mantequilla. Murieron diez obreros y ahora Ron y Evan están metidos en un proceso del que sólo podrán salir camino de la cárcel, si no reciben el medio millón largo de la herencia de Horace.

—Lo siento —dije—. No conocía los problemas de mis primos.

—Otro tanto ocurre con los hermanos Walston —siguió Alex, imperturbable—. Tenían algunos ahorros y su clínica era un negocio próspero. Sin embargo, Al tiene una amiguita a la que le encantan la ruleta y el bacarrá… En fin, que están en la ruina. También para ellos es vital su parte en la herencia…

—Pero Cassy quiere marcharse… —argüí.

—Alloysius no se lo permitirá. La obligará a permanecer aquí hasta el dos de noviembre, aunque sea a la fuerza.

Quedamos en silencio.

En la chimenea chisporroteaban los troncos encendidos y el viento rugía en el exterior.

Miré a Alex. No parecía ahora el hombre seguro de sí mismo que yo había visto en el funeral de Saint Peter.

Por el contrario le vi encogido sobre sí mismo, temeroso e inseguro.

—¿Sabes qué estoy pensando? —susurró, tras arrojar su cigarro habano a las brasas.

—No, si tú no me lo dices.

—Imagínate por un momento que uno de nosotros siete fuera un criminal…

Dejé escapar una interjección.

—Vamos, Alex, todos somos personas honorables —le reproché.

—Es posible. Pero, por favor sigue mi razonamiento. Si uno de nosotros tuviese suficiente ambición como para borrar todos los escrúpulos de su conciencia… En esta solitaria casa podría ir asesinándonos uno por uno. Hay muchos medios para burlar a la ley…

—No olvides que soy un inspector de Scotland Yard.

—¿Y quién puede asegurar que tú mismo no llegases a convertirte en un asesino? —pronunció.

Ya me disponía a responderle agriamente cuando Alex estalló en una carcajada y exclamó:

—Naturalmente, era una broma, querido Paul. Creo… creo que me iré a la cama. He bebido demasiado y creo que empiezo a ver visiones.

Se levantó y se alejó.

Quedé solo con mi copa de *brandy* y mi cigarrillo.

Reflexioné sobre lo que Alex Blythe acababa de decir, medio en broma, medio en serio.

No era ninguna tontería.

Excepto yo mismo, mis seis primos estaban necesitados de dinero. Y Horace había dispuesto que si alguno o varios de nosotros moríamos —él no había especificado si de muerte natural o asesinados—, las partes correspondientes pasarían a incrementar la herencia de los que quedasen vivos.

Súbitamente, las verdaderas intenciones del malvado Horace quedaron desveladas para mí.

Con un sadismo y una crueldad extremos, incluso después de muerto, lo que nuestro difunto primo intentaba con su testamento era enfrentarnos unos a otros en la siniestra soledad de Carver Manor.

Horace lo había planeado todo con tal fin. Había escogido su residencia a la que se llegaba por un camino peligroso, infernal. Es decir, un lugar aislado, donde nos veríamos obligados a permanecer en compañía durante muchas horas.

Era lógico que en aquella tenebrosa mansión se crispasen los nervios y surgiesen chispazos de violencia que podrían degenerar en peligrosos enfrentamientos.

Es decir: Horace nos legaba su dinero para que nos matásemos

por él.

El extraño Nathan penetró varias veces en el salón para retirar el servicio. Me dirigía rápidas miradas furtivas pero desviaba los ojos cuando yo le miraba con fijeza.

A las once y media decidí irme a la cama.

Antes de la cena, yo había pedido a Angus alguna información respecto a la seguridad de Carver Manor.

—Las puertas exteriores son de roble, muy gruesas, y las ventanas están todas protegidas con gruesas rejas —respondió.

Aquello me tranquilizó.

Al menos el asesino fugado de Moorgate no podría penetrar en la casa, ni damos una desagradable sorpresa nocturna.

Ascendí, pues hasta mi habitación, entré y cerré la maciza puerta con cerrojo por dentro.

Pocos minutos después estaba entre las sábanas. Apagué la lámpara de la mesilla y me dispuse a dormir.

La casa quedó en silencio. El viento se había calmado y sólo podía escucharse el pausado «
clap-clap
» de las gotas de lluvia a través de la ventana.

El rumor de la lluvia me adormeció en seguida.

Debieron transcurrir un par de horas antes de que me incorporara, sobresaltado, sobre el lecho.

Aresté el oído.

Un chillido impresionante rasgó el silencio.

Inmediatamente se oyó el chirrido de unos goznes y el rumor de carreras precipitadas por el pasillo.

Me puse un batín apresuradamente tomé mi pistola y abrí la puerta.

Jenny vino corriendo hacia mí y se me abrazó apretadamente.

—¡Paul, oh, Paul, es horrible! —gimió.

—Cálmate —dije—. Y acaricié sus sedosos cabellos.

Mis primos estaban en el pasillo con los cabellos alborotados y el pánico en los ojos.

—¿Qué ha ocurrido? —pregunté.

—Sólo sé que me ha despertado un chillido espeluznante —respondió Alloysius Walston.

Se volvió y palideció.

—¡Cassy! —murmuró—. ¡Es la única que falta! Y siempre ha tenido un sueño muy ligero.

Corrimos hacia la puerta de la habitación de Cassy y la golpeamos con fuerza.

—¡Responde, Cassy! —grité—. ¿Te encuentras bien?

Nadie respondió a mis voces.

—¡Dios mío, Dios mío! —clamó Alloysius, aterrado—. ¡Ahora estoy seguro de que fue ella la que gritó!

Ronald y yo cargamos contra la puerta. Pero la gruesa hoja —cerrada por dentro, según imaginé— resistió a nuestros potentes embites.

Angus llegó en aquel momento. Se cubría la cabeza con un anticuado gorro de dormir y vestía un camisón blanco que le llegaba hasta los pies.

Le puse al corriente de lo que había ocurrido y manifestó:

—Tal vez no sea preciso destrozar la puerta, señores. La habitación de *miss* Walston se comunica por otra puerta con la alcoba del difunto señor Blythe. Yo tengo las llaves de las dos puertas.

—Vamos allá —propuse.

Anduvimos diez metros. Angus sacó un llavero y abrió la puerta de la alcoba que había pertenecido a nuestro primo Horace.

El dormitorio de Horace más bien parecía una sala mortuoria.

Negros tapices de terciopelo negro con bordes dorados colgaban de las paredes y el lecho mismo más semejaba un catafalco fúnebre que una cama.

En las mesillas había dos lámparas similares a los faroles que se colocan en los panteones y la amplia y mullida alfombra que pisaban nuestros pies era igualmente negra con dibujos dorados.

Estupefacto, me pregunté en qué saldo de funeraria habría adquirido Horace tan fúnebres objetos decorativos.

Una especie de aura viscosa, sutilmente inquietante, parecía envolver al grupo que formábamos los seis primos y el anciano Angus Saville.

El mayordomo se arrastró hacia la izquierda y se detuvo ante la pequeña puerta disimulada bajo unos cortinajes negros.

—Es aquí —dijo—. Afortunadamente sólo por este lado puede cerrarse.

Le vimos seleccionar una llave de su llavero e introducirla en la cerradura.

—La luz está apagada —murmuró Jenny mirando por encima de mi hombro—. Todo está a oscuras.

Avanzamos despacio, adelantando lentamente un pie detrás de otro, pues ninguno de nosotros llevaba una lámpara o, en último caso, cerillas o un mechero.

Mis pies tropezaron con algo duro y pesado que rodó por el suelo con un rumor apagado.

Tanteé la pared y encendí.

Jenny que estaba en la puerta, prorrumpió en un alarido de espanto.

Yo mismo sentí que mis cabellos se erizaban y un escalofrío recorrió mi cuerpo en un seco estremecimiento.

Cassy Walston, con el cráneo mondo y brillante, yacía sobre su lecho en medio de un montón de calaveras, huesos y cascotes.

Su peluca negra se había desprendido y adornaba, ahora, de forma espeluznante, una de aquellas calaveras.

CAPITULO VII

Ronald y yo tomamos a Cassy en nuestros brazos y la transportamos hacia la alcoba de Horace.

Aunque las circunstancias no eran a propósito para suscitar mi vena humorística, me sorprendí a mí mismo pensando:

«Cassy es horrorosa con su aspecto normal, pero sin su ridícula peluca…».

Íbamos a poner a Cassy sobre el lecho del difunto, pero Alloysius se opuso terminantemente.

—Por nada del mundo lo permitiría. Por favor traedla a mi habitación.

Salimos al pasillo con el pesado cuerpo de Cassy en brazos. Nathan estaba al pie de la escalera completamente vestido y nos contempló sin experimentar la menor sorpresa.

Dejamos a nuestra prima en el lecho de Al. Su hermano se inclinó, sobre ella demudado, puso una mano sobre su pecho y tomó su pulso con la otra.

—El corazón late muy débilmente. Me temo que haya sufrido un ataque cardíaco —susurró.

Fue a su armario sacó su maletín profesional y en breves instantes preparó una inyección cardioestimulante.

—Creo… creo que se recobrará —declaró después de comprobar por segunda vez el ritmo cardíaco de su hermana.

—Salgamos —propuse a los demás—. Es preciso echar un vistazo en la habitación de Cassy.

Angus había descorrido ya el cerrojo que aseguraba interiormente la puerta por lo que no fue preciso cruzar la fúnebre alcoba de Horace.

Entramos.

Lo que primero atrajo mi atención fue el gran retrato que presidía el muro frontal de la alcoba.

—Es el retrato de *sir* Cyril Hartman —dijo Angus, que estaba a mi lado.

Miré fijamente las facciones plasmadas en el lienzo.

Sir Cyril había sido un hombre fornido, de rojos cabellos hirsutos, rostro estrecho y mentón puntiagudo, con una boca de labios finos y crueles.

Pero lo que más impresionaba del retrato eran aquellos ojos negros, fijos, malignos, inquietantes.

Toda la maldad del mundo parecía encerrada en aquella mirada.

Avanzamos unos pasos y miramos el lecho.

A la cabecera de la cama, un tabique se había desprendido desde unos tres metros de altura, dejando al descubierto un hueco de metro y medio de anchura por medio de profundidad.

¿Qué espeluznantes historias de crímenes guardaba aquel hueco?

Comprobamos que la improvisada tumba estaba llena de restos humanos, parte de los cuales habían caído sobre Cassy y el lecho, mezclados con los húmedos cascotes.

Se diría que el tabique, muy delgado, se había debilitado con la humedad y se había derrumbado accidentalmente.

Pensé si aquellos restos humanos corresponderían a otros tantos crímenes —jamás descubiertos hasta la fecha— perpetrados por el siniestro *sir* Cyril Hartman.

En cualquier caso, era evidente que se imponía denunciar el macabro hallazgo.

Descendí la escalera para utilizar el teléfono que había visto en el vestíbulo.

Nathan, que seguía al pie de la escalera, se apartó para dejarme pasar, pero no hizo ninguna pregunta.

Descolgué empecé a marcar el número y… comprendí en seguida que no había línea.

Me volví hacia Nathan y pregunté:

—¿Qué ocurre? El teléfono no funciona.

—Ha ocurrido muchas veces, señor. El viento huracanado ha debido romper los cabes del tendido telefónico —respondió.

Angus me aseguró otro tanto cuando me reuní con mis primos, arriba.

—¿Qué vamos a hacer? —susurró Jenny, angustiada.

—Sólo existen dos soluciones —expliqué—. Esperar hasta que se haga de día o… emprender viaje a Londres.

—¡Pero ese camino es peligroso de día, cuanto más de noche! —exclamó Jenny.

A pesar de ello, yo me declaré dispuesto a tomar aquella responsabilidad.

—¡No te vayas, por favor! —suplicó Jenny, tomándome de un brazo con sus temblorosas manos.

La miré.

¿Se interesaba por mi seguridad… o sólo por la suya? Decididamente, se sentiría más segura si yo me quedaba.

En cualquier caso, la cuestión la decidió Nathan, que había ascendido en pos de mí, y se encontraba a unos pasos de distancia.

—Creo que debe quedarse, señor Warwick. Dígame lo que debo hacer y me trasladaré a Londres en el «Morris» del difunto señor Blythe —declaró.

Le advertí del peligro de que el coche patinara y fuera a parar al canal, donde posiblemente se ahogaría.

—Conozco muy bien el camino, señor. No me pasará nada —afirmó.

Escribí rápidamente una nota y se la entregué.

—Sólo tiene que presentarse en New Scotland Yard y entregar esta nota al sargento de guardia. Otra cosa: avise a la compañía telefónica de que deben reparar urgentemente la línea —le encargué.

—Bien, señor —respondió Nathan. Y se alejó.

Cuando el camarero desapareció, Evan, Ronald, Alex, Jenny y yo nos miramos muy intranquilos.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Jenny, inquieta—. En cuanto a mí, puedo aseguraros que no me sería posible conciliar el sueño en lo que queda de noche. ¡Es todo tan horrible…!

—Bajemos al salón —propuse—. Son las tres de la madrugada. Si Nathan no sufre ningún accidente, la policía estará aquí hacia las cinco. Entretanto, podemos entretenernos jugando una partida de póquer junto al fuego.

Me acompañaron de mala gana. Yo mismo añadí algunos troncos al rescoldo y el fuego se avivó inmediatamente.

Pusimos una mesa junto a la chimenea y Angus nos trajo un

mazo de naipes.

Di cartas. Pero ninguno de nosotros poníamos interés en el juego y optamos por dejarlo.

—¡Cassy! —exclamó1 Jenny, de pronto—. Nos hemos olvidado de ella.

—Subiré a ver —declaré.

Ya subía los primeros peldaños de la escalera de granito, cuando advertí que Alloysius Walston estaba descendiendo.

Sus facciones estaban palidísimas y sus manos temblaban.

—Cassy ha sufrido un segundo infarto —murmuró—. Acaba de morir.

* * *

Las horas transcurrieron lentamente.

El fuego ardía alegremente, pero nuestros espíritus estaban impregnados de negros presagios.

Angus había despertado a la señora Herpenmind, la cual preparó café y nos lo sirvió en el salón.

Miré a Alloysius Walston.

Se había recuperado muy pronto, sospechosamente pronto, para explicarlo de un modo más convincente.

La tarde anterior Alloysius había discutido con su hermana sobre la conveniencia de quedarse hasta el dos de noviembre en Carver Manor para cobrar la herencia de Horace Blythe.

Como había asegurado Alex, Walston parecía decidido a obligar a su hermana a permanecer en la casa, incluso en contra de su voluntad.

Por otra parte, Alloysius había provocado la ruina —con sus frívolos devaneos— de la economía familiar.

Reflexioné.

Con la muerte de Cassy mi primo Alloysius perdía la parte de su hermana, era evidente.

No le interesaba que su hermana muriese, desde luego.

Sin embargo, me sentía impresionado viendo a Alloysius bebiendo el coñac a grandes dosis e incluso bromeando con Evan y Ronald Blythe.

¿Es que no sentía amor hacia su hermana?

La hermética señora Herpenmind me sirvió una copa de *brandy* y

se alejó como un fantasma.

Jenny vino hacia mí y se sentó.

—Esto es lo más parecido a un velatorio —susurró a mi oído.

—Es un velatorio —recalqué.

Entonces ella debió caer en la cuenta de que Cassy Walston —su cadáver— permanecía, ya fría y más rígida que nunca, en la habitación de su hermano.

Entonces comenzó a sollozar quedamente.

Yo pasé mi brazo derecho por encima de sus hombros y la oprimí con ternura.

Así, como si los segundos transcurriesen con pesado y lento goteo, llegó, el alba.

Jenny se durmió con la cabeza recostada sobre mi hombro derecho.

Su peso era leve y su contacto tibio y dulce.

CAPITULO VIII

La policía llegó a las seis y media de la mañana.

Angus corrió con paso renqueante hasta la puerta principal y yo le seguí rápidamente.

Saludé al sargento McCorcoran, a sus dos agentes y al representante del juez, Irza Walker.

Les mostré mi credencial del Yard, aunque McCorcoran y yo nos conocíamos de vista.

—¿No viene con ustedes Nathan McGill? —pregunté, extrañado.

—Hemos venido en una lancha, por el río —me dijo el sargento —. Ese chico, McGill, tardará más, puesto que tendrá que dar un gran rodeo a lo largo del camino.

Les guié hasta la habitación que había ocupado Cassy Walston.

Mientras McCorcoran y Walker observaban el hueco situado en la cabecera de la cama —que ya había sido retirada—, llegaron otros dos hombres.

Uno de ellos era Warren, fotógrafo del Yard, y el otro el doctor Albreth, médico forense.

Tomaron numerosas fotos y finalmente Walker dio su autorización para que los restos mortales fueran retirados en varios sacos. Tras lo cual se selló la puerta del pasillo y la que comunicaba con la alcoba de Horace Blythe, desde esta última estancia.

Vi en el pasillo a Alloysius Walston, que charlaba muy excitado con el médico forense Albreth.

—… Lo mejor será trasladar el cadáver a la Morgue, doctor Walston. Comprendo su estado de ánimo, pero la ley es igual para todos, amigo mío,. Será preciso realizar la autopsia —oí que decía el forense.

Imaginé que hablaban del cadáver de Cassy Walston y aprobé mentalmente la decisión del doctor Albreth…, con lo cual mis sospechas se esfumarían o… confirmarían.

Al Walston se separó del forense con un gesto malhumorado.

A las nueve de la mañana, los policías, el fotógrafo y el representante del juez se marcharon, llevándose los fúnebres restos que, posiblemente, habían causado la muerte por tallo cardíaco de mi prima Cassy Walston.

Debo confesar aquí que los dramáticos acontecimientos vividos horas antes no habían influido para nada en mi apetito, cuestión que demostré despachando un abundante desayuno a base de jamón, huevos, mermelada y café.

Al Walston se marchó en seguida, con la disculpa de que tema que nacer algunas gestiones relativas al enterramiento y funeral de su difunta hermana.

También se marcharon Alex, Evan y Ronald.

—¿Te quedas? —pregunté a Jenny en el vestíbulo, dispuesto a emprender la marcha a Londres.

—El director de la American School me ha concedido dos semanas de vacaciones —dijo—. Pero si tú te vas, de ninguna forma pienso quedarme aquí.

Bajamos al garaje —que estaba vacío—, nos acomodamos en mi «Cooper» y salimos hacia Londres a través del fangoso camino.

Había dejado de llover, pero la elemental trocha a través del bosque de olmos, chopos y tiemblos, estaba cubierta de enormes charcos que más parecían lagunas.

Cuarenta y cinco minutos después estábamos en Londres. Jenny me suplicó que la dejase en la primera parada de autobús, pues quería hacer una visita a su apartamento.

Por mi parte, me dirigí directamente al Yard, donde permanecí hasta las doce. Hice media docena de llamadas telefónicas, tomé un aperitivo en Picadilly y decidí volver a Carver Manor.

Sin embargo, me detuve en Guardford, un atractivo pueblecito situado a unos ocho kilómetros de Carver Manor, y entré en la Black Tavern.

Pedí un jerez y un poco de jamón y contemplé a las personas que llenaban el recinto, hombres en su mayoría, aunque también vi un par de parejas arrullándose en el rincón más alejado y sombrío.

Los hombres estaban muy excitados. Escuché con atención y me informé de que la noche anterior se habían fugado tres internos del manicomio de Moorgate.

Invité a una ronda a todos los que estaban junto a mí y la cerveza desató sus lenguas.

—Asaltaron una granja y asesinaron a una madre y sus tres hijos, cerca del río —me informó Pete Cornwall—. La policía abatió a uno de ellos en Gray Farm, pero los otros dos se arrojaron al río y lograron huir, a pesar de la intensa vigilancia policial en ambas orillas.

Según logré saber, se trataba de dos presidiarios peligrosos: Edgar Bingtrop y Alan Fuller, ambos condenados a cadena perpetua por terrorismo.

En cuanto al hecho de que hubieran sido internados en Moorgate, no significaba necesariamente que estuvieran locos. Habitualmente, los condenados a cadena perpetua recurren a toda clase de trucos para hacerse pasar por dementes y ser trasladados a los manicomios, donde ellos imaginan que les será más fácil la fuga.

Después de la noche pasada en Carver Manor, me sentía a mis anchas en aquella taberna de Guardford, rodeado de gente sencilla y normal.

Tomé otro par de copas, saludé a los parroquianos y salí.

Ya me disponía a subir a mi «Cooper», cuando me detuve bajo el tejadillo que protegía la entrada a la taberna.

El «Lincoln» de los hermanos Evan y Ronald Blythe estaba junto a la carretera y Ronald se había apeado y charlaba confidencialmente con un individuo muy moreno, tan corpulento como él, que vestía una gabardina azulada.

Vi que Ronald sacaba una cartera y entregaba disimuladamente unos billetes a su interlocutor. Tras lo cual volvió sin perder tiempo a su automóvil, a cuyo volante se encontraba Evan.

Retrocedí, entré en la taberna y tomé por un brazo a Pete Cornwall.

—Dígame, Pete —indagué—. ¿Conoce al hombre de la gabardina azul?

Cornwall dirigió un vistazo al hombre que se alejaba a buen paso y respondió:

—Es Robert Ruggles, un loquero de Moorgate. Presta sus servicios a partir del anochecer, pues de día trabaja en una tintorería de Guardford.

Le di las gracias y emprendí el camino a Carver Manor. Un sol

amarillento apareció un momento entre los cúmulos negruzcos, elevó la niebla, y tornó a desaparecer rápidamente.

Poco después se desataba el diluvio. Pero yo ya sabía a qué atenerme y en cuanto abandoné la carretera y tomé el camino, procuré que al menos dos de las ruedas de mi coche pisaran continuamente sobre los bordes festoneados de grama, con lo cual evité el peligro de caer en el barro y quedar atrapado en el lodazal.

Me llenaba de preocupación el hecho que acababa de presenciar en Guardford.

¿Qué motivos tenían Evan y Ronald Blythe para entregar una cantidad de dinero a un loquero de Moorgate…?

Llegué sin novedad a Carver Manor, a pesar de la fuerte lluvia, y conduje directamente hasta el garaje, situado a la derecha del edificio.

Los coches de Evan y Ronald Blythe y el de Al Walston ocupaban ya un lugar en el garaje, junto al «Morris», que había pertenecido a Horace, y al automóvil de Alex.

Había una puertecita a la derecha y una escalera que llevaba directamente al vestíbulo.

Fui directamente al salón y hallé una gran confusión entre mis primos.

Alex Blythe yacía sobre un diván y Alloysius estaba muy ocupado curándole una herida de regulares proporciones en el muslo.

—¿Qué ha ocurrido? —pregunté, alarmado.

El mismo Alex se ocupó de explicármelo entre trago y trago de *whisky* escocés, una botella del cual había puesto a su alcance Angus Saville.

—Fue un maldito accidente. Regresé a las once y media. No vi a nadie y decidí coger mi escopeta y salir un rato a través del bosque a probar suerte, imaginando que podría traeros algún gazapo…

Según Alex, se encontraba oculto entre un intrincado macizo de arbustos, aguardando a su pieza cuando vio aparecer a dos individuos que caminaban con grandes precauciones, dirigiendo furtivas miradas a la espesura.

—Vestían uniformes grises, a rayas, como los de los locos —siguió su relato Alex—. Y me asusté. Se quedaron mirando hacia donde yo estaba y traté de retroceder. Una rama se enganchó en el

gatillo de mi escopeta y la perdigonada alcanzó mi muslo. Afortunadamente, aquellos dos tipos huyeron y yo pude llegar aquí, a la pata coja.

A través de la ventana vi llegar un taxi londinense. Jenny se apeó del automóvil y pagó al taxista, que dio la vuelta en la explanada enarenada y se alejó.

Entró un momento después en el salón y me besó sin darle importancia. La vi preocupada, en cuanto se enteró del accidente sufrido por Alex, pero yo me la llevé aparte.

—Imagino que te habrás quedado sin dinero después de pagar el taxi —comenté—. ¿Qué le ofreciste al taxista para convencerle de que te trajese a través de ese puerco camino?

—Una noche en el Paraíso —respondió ella, burlona.

Tomamos una copa de jerez y poco después estábamos almorzando. Durante el almuerzo, pregunté a Alloysius Walston si no sería aconsejable llevar a Alex a un hospital de Londres.

—No lo creo —respondió, entre bocado y bocado—. La perdigonada le alcanzó de refilón y no le ha afectado profundamente a los tejidos musculares, for otra parte, he extraído uno a uno los perdigones de plomo incrustados bajo su piel y he desinfectado la herida concienzudamente. Además, pienso inyectarle antibióticos esta misma tarde.

Alex se había tragado ya media botella de oporto en la comida.

—No te conviene beber tanto —le aconsejé.

Pero él lanzó una carcajada y se sirvió otra copa hasta los bordes.

—Digamos que lo utilizo sólo como medicina —respondió, sin darle importancia—. ¿Sabes cuánto me duele esa maldita herida?

Estuvo bebiendo durante toda la tarde, mientras Jenny, Evan y yo jugábamos unas manos de póquer junto al fuego.

Alex abandonó el salón al anochecer. Angus le había proporcionado un bastón de duraluminio y apoyado sobre él se alejó cojeando.

A la hora de la cena, Alex no apareció en el comedor.

—Quizá decidió retirarse a descansar… —aventuró Jenny.

Evan tiró del cordón y apareció Nathan, el camarero, a quien le encargué que subiera a la habitación de Alex y comprobase si se encontraba allí.

Nathan volvió en seguida.

—No está allí —informó.

Formamos en seguida tres pelotones encargados de registrar la casa y hallarle.

Jenny y yo formábamos el primero, Evan y Ronald el segundo, y Walston, Nathan y Angus, el tercero.

Nos dividimos las dependencias a inspeccionar y nos separamos.

Jenny y yo descendimos por una húmeda escalera hasta lo que Horace Blythe llamaba pomposamente su «estudio».

El estudio no era otra cosa que una gran nave subterránea, «decorada» con los más insólitos y repelentes objetos.

Antiguas armaduras fenicias, una colección de sarcófagos egipcios y caldeos, extraños ataúdes de la Edad Media cubiertos de remaches de bronce y cobre, motivos funerarios, lámparas…

Al fondo se veía una gran estantería que ocupaba todo el paño de pared. Los estantes estaban repletos de tarros con exóticos rótulos en griego, árabe, hindú, chino…

Las tres lámparas que colgaban de la húmeda bóveda estaban cubiertas de telarañas y su luz apenas bastaba paría iluminar otros tantos círculos amarillentos sobre el piso de losas.

Tímidamente, Jenny comenzó a curiosear en el cúmulo de raros objetos funerarios, mientras yo me dirigía a echar una mirada a la estantería del fondo.

Crucé ante dos hileras de enmohecidas armaduras, registré los sarcófagos y los féretros medievales uno por uno, y luego me incliné sobre una mesa situada junto al muro de la izquierda, muy cerca de las armaduras antiguas.

Horace Blythe había estado escribiendo algo antes de morir. Vi un libro de notas, con su enrevesada y rara caligrafía, y comencé a leer con gran interés.

«… De donde he deducido que existe un claro nexo entre realidad e irrealidad, entre vida y muerte, entre las tinieblas y la luz. Porque…».

Oí un chirrido, pero estaba tan embebido en la lectura de las notas de Horace, que no le di la menor importancia.

De repente, algo cayó con gran potencia sobre la mesa y la maza de hierro se hundió profundamente, destrozando las gruesas maderas.

Salté de costado, rodé sobre las losas y me puse en pie.

Di tres pasos adelante, sin saber exactamente de dónde procedía el ataque que había estado a punto de costarme la vida.

Una de las armaduras había descendido de su pedestal y avanzaba lentamente hacia mí. Sus articulaciones metálicas chirriaron estridentemente al doblarse.

Retrocedí.

—¡Vamos, quítate la careta! —grité, nervioso. Jenny estaba a veinte metros y contemplaba, horrorizada, la escena, incapaz de reaccionar.

Saqué mi aplastada «Beretta» del bolsillo. La alcé y encañoné al tipo que se ocultaba bajo los hierros de la armadura.

—Así, pues, quieres conocerme… —oí su voz a través de la celada.

—Naturalmente, mi querido fantasmón —respondí—. A menos que prefieras que mis balazos perforen las planchas de tu disfraz.

La armadura se había detenido.

Advertí que elevaba rígidamente el brazo izquierdo y alzaba con gran lentitud la celada que ocultaba un rostro.

Palidecí.

Aquellos cabellos enhiestos y rojos, aquel rostro acartonado, el mentón puntiagudo, los finos labios descoloridos, los ojos negros, penetrantes, malignos, inquisitivos…

—¡*Sir* Cyril Hartman! —murmuré, atónito.

La porra de hierro que el asesino empuñaba en su mano derecha me alcanzó de refilón en la cabeza y me arrojó, rodando, sobre las losas.

Antes de perder el conocimiento aún tuve tiempo para escuchar el alucinante alarido exhalado por Jenny.

CAPITULO IX

Sentí una caricia leve sobre la frente y abrí los ojos.

Jenny sonrió, débilmente.

—Ah, ya vuelves en ti —murmuró, vehemente.

Volvía en mí, era cierto, pero con un tremendo dolor de cabeza, que me impulsó a palparme las sienes, con lo cual comprobé que mi cráneo estaba cubierto de vendas.

—¿Qué… qué ocurrió? —inquirí, obsesionado.

—La… la armadura te golpeó. Grité y acudieron los otros en nuestra ayuda. Conté lo que había visto y entre todos registraron el estudio. Yo misma vi cómo desarmaban las armaduras y… estaban vacías —declaró Jenny.

—Pero ¡eso es imposible! —clamé con gran ardor—. ¿Saliste en algún momento?

—Sí. Al verte caer, .no pude superar el pánico y ascendí por la escalera, hasta que acudieron a mis gritos. Estuve fuera del estudio unos minutos.

Me incorporé en el lecho, muy inquieto.

—¿Y Alex? —me interesé—. ¿Le encontraron?

El rostro de Jenny se nubló.

—Sí —confesó—. Le hallaron en el fondo de un profundo pozo de treinta metros, flotando sobre las aguas. Al amanecer vinieron los bomberos para extraer su cadáver del fondo, pues no disponíamos de ninguna escala para bajar, aparte de nuestro pésimo estado de ánimo.

No hice ningún comentario, porque me sentía profundamente impresionado.

—El doctor Albreth le examinó aquí mismo y no descubrió otras lesiones que su herida del muslo. Le contamos que Alex se había emborrachado y el inspector Eastwood apuntó la posibilidad de que se hubiera extraviado, tropezado en la oscuridad contra el brocal

del pozo y… despeñado hasta su fondo —completó su relato Jenny, que apenas podía disimular su aprensión.

—Supongo que la policía se fue ya…

—Sí. Se llevaron el cadáver de Alex. Pendientes del resultado de la autopsia, el inspector Eastwood ha dejado a tres agentes que montarán guardia alrededor de la casa hasta nueva orden. Hay otra cosa: no podremos abandonar este lugar hasta que el inspector Eastwood lo decida. Y no importa que tú pertenezcas al Yard. La orden de confinación también te afecta a ti.

—Lindo panorama —murmuré—. Oye, Jenny, ¿por qué crees que Alex abandonó la casa anoche?

—¿Quién puede saberlo? —exclamó, encogiéndose de hombros —. Es notorio que nuestro primo estaba muy borracho… Un borracho es capaz de hacer cualquier cosa…

Jenny se marchó para que yo pudiera vestirme. Poco después me entrevistaba con el mayordomo.

—Alex Blythe abandonó el salón al anochecer. Dígame, Angus, ¿no lo vio después de esa hora? —pregunté. Y concreté—: Eran entre, las seis y media y las siete menos cuarto.

Vaciló^ pero luego se decidió a afirmar:

—Me dio un buen susto, señor. Le encontré en el pasillo de servicio, a la altura del recodo, oteando con gran interés a través de la ventana. Murmuró algo que no entendí y se marchó, creo que en dirección a la escalera que lleva al garaje.

Poco después, yo me encontraba en el pasillo que llevaba a las habitaciones del personal de servicio.

Miré a través de la ventana. ¿Qué se veía desde allí?

Un compacto bosquecillo de álamos y castaños limitaba la perspectiva, pero entre los gruesos troncos de los árboles vislumbré una pequeña construcción, junto a la cual se divisaba el brocal de un pozo. Allí había encontrado la muerte Alex Blythe.

—¿Qué es aquella caseta? —pregunté al mayordomo, que había tenido la amabilidad de acompañarme.

—Alberga un motor eléctrico que mueve la motobomba que nos surte de agua, señor. Por la caseta se llega a la bocamina del pozo —respondió.

—Supongo que la caseta está cerrada. ¿Quiere dejarme la llave? —rogué.

Me la dio.

Envié recado a Jenny y le pedí que me acompañara.

Fuera estaban tres policías de uniforme, montando guardia alrededor de Carver Manor. Al menos, por el momento contábamos con la protección policial.

Los saludamos y les hice saber que nos proponíamos dar un corto paseo por los alrededores, a lo que nada opusieron, si bien advertí que no nos perdieron de vista un solo instante durante el tiempo que estuvimos fuera.

A través del fango, llegamos hasta la caseta. Dirigí una mirada al profundo pozo, alrededor del cual vimos las hondas huellas que los neumáticos del camión de bomberos habían dejado sobre el piso, muy blando.

Saqué la llave y la introduje en la cerradura y abrí.

Jenny produjo un estertor gutural al distinguir el cuerpo del hombre caído de bruces contra el piso de hormigón, al borde de la escalerilla que descendía a la bocamina.

Las ropas que vestía aquel individuo, con los bajos de los pantalones absolutamente embarrados, me recordaron algo.

Avancé unos pasos, aterré un brazo semidesnudo, y dejé el cuerpo boca arriba.

Las facciones de aquel hombre eran irreconocibles. Por la sencilla pero elocuente razón de que se las habían borrado de una perdigonada en pleno rostro.

Pero aquellos cabellos grises como cerdas alrededor de las facciones destrozadas, el pecho arañado y sus larguísimos brazos como nervudos sarmientos, me dijeron sin palabras que aquel cadáver correspondía a Hannival Simcus, el demente asesino fugado de Moorgate.

El suelo no estaba manchado de sangre, pero si había abundantes colillas de cigarrillos y muchas huellas de zapatos llenos de lodo.

En un rincón alguien había dejado unos huesos que parecían de cordero. Como el asado que habíamos comido dos noches antes.

—Avisa a los policías —rogué a Jenny—. Di que hemos encontrado un nuevo cadáver.

* * *

El inspector Eastwood tenía cuarenta y cinco años, seis hijos y un carácter nada contemporizador.

Nos había reunido en el gran salón y nos contemplaba fijamente, con la expresión de los medievales señores de la vida y de la muerte.

—Esto agrava las cosas —repitió por enésima vez—. Y no importa que el forense haya dictaminado que míster Alex Blythe muriera por intoxicación etílica y asfixia, casi a partes iguales. ¿Qué me dicen ustedes del cadáver de Hannival Simcus?

Yo estaba a punto de perder la paciencia. Si no había intervenido ya, se debía pura y simplemente a que el comisario Hawkins me había concedido quince días de vacaciones para solucionar mis asuntos, por lo cual me encontraba libre de servicio.

Héctor Eastwood era un fatuo policía rural, que a cada frase fruncía su labio superior —poblado de un frondoso bigote negro lleno de nicotina— y me dirigía una triunfal mirada que podía traducirse por: «Ya ves que los de Londres no sois superiores a mí».

Eastwood nos había obligado a todos a enumerar hasta los menores movimientos desde el mediodía del día anterior hasta las once del día siguiente, momento que nos tocaba sufrir ahora.

Me alcé de mi asiento, fatigado.

—No perdamos el tiempo inútilmente, inspector —le dije—. Sabe ya que Alex Blythe disparó dos veces. Con uno de los cartuchos se hirió en el muslo y con el otro mató a Simcus. Éste era un peligroso asesino, muy buscado por la policía, y está muerto. Ni Blythe ni Simcus van a resucitar para explicarles cómo sucedió todo. Tiene usted dos cartuchos vacíos: son iguales, a los de la caja que trajo Alex y… los perdigones del mismo calibre que los hallados en el rostro de Simcus. ¿Qué otra cosa pretende descubrir?

Di media vuelta y me dirigí a la puerta del salón.

Eastwood debía tener el rostro congestionado cuando gritó:

—¡No se vaya! Nadie saldrá de aquí hasta que…

Sonreí de oreja a oreja.

—No pienso marcharme, inspector. Voy… a hacer algo que usted no podría hacer por mí —pronuncié, irónico, y salí.

Volví poco después, no obstante. Eastwood, impertérrito, continuaba repasando nuestros movimientos al milímetro.

Me senté junto al fuego y recapacité sobre los últimos

acontecimientos.

Alex había disparado contra Simcus, estaba comprobado. Pero ¿por qué lo había ocultado, por qué había mentido, de dónde había sacado la llave para abrir la caseta y esconder el cadáver del fugitivo de Moorgate…?

Sin embargo, existían dos circunstancias que me inquietaban aún más: el hecho de que Alex hubiera bajado a espiar a la ventana del pasillo del servicio y su insólita salida nocturna en la que —casual o deliberadamente— había encontrado la muerte.

El inspector Eastwood se marchó a las nueve de la noche, por fortuna. Pero la guardia policial se mantuvo en Carver Manor hasta el día veintiséis, en que Eastwood decidió interrumpirla.

Curiosamente durante los días que tuvimos a los policías de Guardford con nosotros no ocurrió ningún incidente.

El día veinticinco asistimos al entierro de Cassy Walston y Alex Blythe, acto que tuvo lugar en el West Cemetery, de Londres.

Mis dudas sobre la posible culpabilidad de Alloysius Walston se habían borrado tras conocer el resultado de la autopsia practicada por el doctor Albreth y sus ayudantes: muerte por fallo cardíaco provocada por dos infartos de miocardio.

Evan, Ronald, Alloysius, Jenny y yo volvimos a Carver Manor antes de que anocheciera.

Fue una velada de lo más triste y silenciosa. Todos permanecíamos ensimismados en nuestros pensamientos, sin ánimo para mantener una conversación.

Cenamos y luego nos fuimos rápidamente a la cama.

Antes de que nos separásemos, miré a mis primos y dije:

—Las cosas han cambiado.

—¿A qué te refieres? —preguntó Alloysius, enarcada la ceja izquierda.

—Ya sólo somos cinco. Lo cual significa que si resistimos aquí hasta el dos de noviembre, en lugar de recibir algo más de un cuarto de millón de libras, nos serán entregadas… trescientas sesenta mil —respondí.

—¡Por el amor de Dios, Paul! —clamó Alloysius—. ¿Cómo eres capaz de comportarte de forma tan frívola?

—Admito la frivolidad de mi comentario —declaré—. Pero la verdad es que las muertes de nuestros dos primos suponen cien mil

libras más para cada uno.

CAPITULO X

Los tres policías de guardia marcharon el día veintiséis de octubre, por la mañana.

A las diez decidí realizar un minucioso recorrido por toda la casa, desde los sótanos al tejado.

Alloysius Walston y Jenny me acompañaron.

La primera visita fue al laboratorio de Horace, situado en el sótano.

Por supuesto, yo no estaba dispuesto a admitir que el espectro de *sir* Cyril Hartman hubiera abandonado su tumba para venir a Carver Manor y ocuparse de mi asesinato.

La persona que había estado a punto de hundirme el cráneo con la terrible maza guerrera era un ser de carne y hueso, no podía ser de otra forma.

¿Por dónde había escapado? Porque el estudio sólo tenía una puerta, la de la escalera y ninguno de mis primos había visto salir a nadie por allí, cuando acudieron en mi auxilio.

Comenzamos a registrar cuidadosamente todos los objetos y a golpear las paredes, buscando alguna salida disimulada.

Previamente me había asegurado de que las armaduras estaban vacías.

No encontramos nada sospechoso. Sólo nos quedaba por registrar los tres sarcófagos adosados al muro de la izquierda, si bien yo los había inspeccionado en mi primera visita al estudio.

Separamos las tapas, contemplamos el fondo de los tres fúnebres receptáculos.

Nada.

Ya me disponía a colocar en su sitio la tapa del último, cuando vi aquella huella de barro en la parte inferior.

«Alguien ha pasado por aquí», pensé.

Empujé con fuerza el fondo del sarcófago y… cedió.

—Un paso secreto… —exclamó Al—. ¿Para qué lo necesitaría Horace?

—Vamos a comprobarlo —respondí.

Encendí una de las linternas que nos había facilitado Angus, me agaché y pasé por la abertura.

Walston y Jenny me siguieron, después de asegurarse de que no podrían ser encerrados en aquella trampa.

Nos encontramos en un pasillo subterráneo de escasa altura y muros de piedra que rezumaban agua.

Inútilmente busqué un interruptor eléctrico: el túnel carecía de iluminación.

Junto a mí, Al Walston resoplaba profundamente.

—Sigamos —propuse.

El túnel se prolongaba unos ocho metros y torcía en ángulo recto hacia la izquierda.

Súbitamente nos encontramos en aquella Cámara de los Horrores.

Se trataba de un sótano de regulares dimensiones, junto a cuyos muros se había instalado toda una colección de terroríficos instrumentos de tortura de la época medieval: cepos, tornos, garfios, púas, cadenas, parrillas…

Incluso había un pesado sillón con grilletes en los reposabrazos para el suplicio de la gota y también una copia de la Dama de Nuremberg (Instrumento de tortura encontrado en Nuremberg, de donde recibe su nombre. Consiste en un receptáculo de hierro y madera, que exteriormente tiene las facciones y el cuerpo de una mujer. Situada verticalmente, la «dama» se abre como un sarcófago. Al reo se le hacía penetrar en aquel hueco y al cerrarse la tapa —dotada de largas y afiladas púas de acero—, el cuerpo del torturado era atravesado docenas de veces).

Jenny se pegó a mí, temblorosa.

—Es… horripilante —murmuró, fuertemente impresionada.

—¿Crees que Horace reunió estos objetos en el sótano? —me preguntó Walston.

—No lo sé —respondí confuso—. Tanto él como el anterior propietario de esta casa, *sir* Cyril, poseían tenebrosas y extrañas aficiones, si bien Hartman era un criminal y nuestro primo sólo un pobre perturbado.

Recorrimos la escalofriante estancia y lo observamos todo con morbosa curiosidad.

—¡Eh, Paul! —exclamó Jenny, que curioseaba el interior de la Dama de Nuremberg—. ¡Aquí hay un pasadizo!

La «Dama» se había movido unos centímetros y permitía ver una oquedad. Corrimos el instrumento de tortura y el pasadizo quedó a la vista.

—¿Adónde conducirá? —preguntó Jenny.

A la luz de las linternas, descubrí unas huellas de barro sobre el piso.

—No puedo decírtelo, pero alguien nos ha precedido por este subterráneo —respondí inquieto.

Avanzamos despacio. Walston, que era más alto que yo, se veía obligado a caminar inclinado, dada la escasa altura del túnel.

Al fondo se divisaba una leve claridad.

Seguí más aprisa, procuré no tropezar con un tablón de grandes dimensiones que había en el suelo y… me detuve a punto de perder el equilibrio al borde del profundo pozo.

—¡Cuidado! —gritó Jenny y corrió, a sostenerme.

Retrocedí un paso, aterrado. ¡Había estado a punto de despeñarme y morir ahogado en el mismo pozo en que sucumbiera Alex Blythe!

Me asomé con gran precaución. A la izquierda se veía la bocamina, en cuyo borde estaba situada la motobomba que elevaba el agua hasta el depósito de hormigón situado junto a la casa.

Giré la cabeza y miré el tablón.

Era fácil imaginar que el tablón había sido usado como puente entre el pasadizo a cuyo borde nos encontrábamos y la bocamina, cuya escalerilla ascendía hasta la caseta donde fumamos el cadáver de Hannival Simcus.

Ahora ya sabía cómo había conseguido entrar y salir en la casa el asesino que me había, golpeado con su maza de hierro en el estudio.

Recorrimos el camino a la inversa y cruzamos el estudio a través del tondo del sarcófago.

Busqué al mayordomo y le indique que hiciera venir a una cuadrilla de albañiles, que se ocuparían de tapiar con un grueso muro el pasadizo que terminaba en el pozo.

Ya nos disponíamos a continuar el registro de la complicada residencia, cuando Nathan vino a avisarme de que tenía una llamada telefónica desde Londres.

Era el comisario Hawkins.

—Pues bien, *sir* —dijo después de saludarme—, tengo el resultado de las pruebas que me encargó. El yeso empleado en el tabique que ocultaba los restos óseos fraguó hace menos de un mes.

—Lo cual significa…

—Que alguien ocultó los esqueletos humanos hace muy poco tiempo. En cuanto a esos restos… lo más probable es que fueran robados del osario de cualquier cementerio cercano. ¿No advirtió usted que estaban muy blanqueados y secos?

—Es cierto —concedí a Hawkins.

—Porque los osarios suelen estar situados al aíre libre, *sir*. Por lo tanto…

—Todo parece indicar un complot criminal, dirigido a asustar a Cassy Walston y causarle la muerte por fallo cardíaco, puesto que padecía del corazón, según me confesó su hermano —concreté.

—Eso es lo que_ pienso. Entre los cascotes de yeso había fibras de cáñamo. Dejaron una cuerda a través del tabique… de cuyo extremo bastaba tirar en un momento dado para derribar la delgada pared, con lo cual las calaveras y el resto de los esqueletos caerían sobre el lecho de Cassy Walston.

Me sentía tan pasmado de asombro, que permanecí callado unos instantes.

—¿Ha averiguado algo más, señor? —pregunté, al cabo.

—Estamos en ello. Volveré a llamarle. Y cuídese, *sir* —respondió Hawkins antes de interrumpir la comunicación.

* * *

Al atardecer, los albañiles habían terminado su tarea en el pozo.

Yo mismo, en persona, había estado contemplando su trabajo: colocaron en primer lugar varias barras de hierro que empotraron transversalmente en las paredes del túnel y construyeron después un grueso muro de cemento y ladrillos a uno y otro lado.

El cemento fraguaría rápidamente y se endurecería, imposibilitando el acceso a Carver Manor por aquel sitio.

Les encargué que se llevaran el tablón utilizado como puente y

volví a la casa dispuesto a asearme, pues me había manchado las manos de cemento al inspeccionar la solidez de la obra.

Me detuve un momento ante mi habitación… porque la maciza puerta de roble estaba entreabierta.

Seguramente, la señora Herpenmind, encargada dé las habitaciones, se había olvidado de cerrarla completamente después de hacer la cama y adecentar la estancia. Pero en las actuales circunstancias yo me había vuelto receloso hasta la exageración.

Hasta mi nariz llegó un penetrante aroma a gasolina.

Empujé la puerta y entré, decidido a comprobar si había algún intruso en el interior.

Súbitamente una improvisada ducha cayó sobre mí y un cubo rodó por el suelo.

—¡Gasolina! —murmuré medio cegado.

Mis cabellos, mis ropas, mi cuerpo entero, estaban completamente empapados de la gasolina contenida en el cubo que acababa de caer sobre mi cabeza.

Vacilé.

No tenía idea de lo que estaba ocurriendo.

Pero entonces brilló la llamita de un fósforo en la oscuridad. Y simultáneamente la puerta se cerró a mi espalda.

Lo comprendí todo en una décima de segundo.

¡Se trataba de quemarme vivo, siguiendo el sistema llamado bonzo…!

Habían colocado el cubo lleno de gasolina sobre la parte superior de la puerta. Bastaría con que yo la empujase y penetrase en la habitación para que doce o quince litros de gasolina cayesen sobre mí en peligrosa ducha.

La persona que se protegía en la oscuridad arrojó el fósforo encendido hacia mí.

Salté en el aire y aterricé sobre mi cama.

Detrás de mí brotó una tremenda llamarada. El charco de gasolina que había junto a la puerta se inflamó.

En el rincón próximo a la puerta del cuarto de aseo, el criminal estaba tratando de rascar un nuevo fósforo.

Para entonces ya me había desprendido del grueso jersey y pugnaba por desnudarme totalmente.

Mi desconocido asesino seguía en el rincón.

Vestía un pantalón oscuro y un jersey del mismo color y disimulaba sus facciones con un trozo de media femenina, bien ceñida a la cabeza.

Era delgado, más bajo que yo. Y su oscura silueta me recordó la de Nathan McGill, el camarero.

Una segunda llamita azul surcó, el aire en el instante en que yo abandonaba apuradamente el lecho.

Y digo apuradamente, porque mis malditos pantalones se habían enredado en mis botas y me impedían moverme, por lo cual perdí el equilibrio, caí de bruces y rodé por el suelo como si me hubiesen puesto una zancadilla.

Las ropas de mi cama, empapadas por el contacto con mis ropas, se incendiaron en el acto.

Desesperado, conseguí librarme de un fuerte tirón de los pantalones y las botas, todo en una pieza.

A cinco metros de distancia, el hombrecillo vestido de negro frotaba un tercer fósforo, consciente de qué yo todavía podía morir abrasado.

Rasgué mi camiseta, me arranqué el slip y los calcetines y quedé completamente desnudo.

La puerta de roble ardía a llamaradas, al igual que la cama, y la habitación se estaba llenando de humo irrespirable.

El asesino lanzó su fósforo encendido sobre mis empapados cabellos y yo me protegí la cabeza con las manos y salté sobre él.

Le alcancé en el vientre y le derribé. Pero cuando traté de atraparle, mis uñas arañaron las losas del pavimento.

El individuo había saltado ágilmente y en un alarde temerario, agarraba el tirador de la incendiada puerta y escapaba.

Le seguí a la carrera, salté sobre las llamas del suelo y salí al pasillo.

No había nadie en el pasillo-balconada, pero seguí corriendo hacia la escalera… donde me detuve bruscamente al encontrarme con el mayordomo y la señora Herpenmind, que llegaban, alarmados, al percibir la humareda que llenaba el pasillo superior.

La señora Herpenmind me vio totalmente desnudo, dio un grito, se cubrió el rostro con las manos y se alejó escaleras abajo.

Angus me miró profundamente desconcertado.

—Ya se lo explicaré después —dije apresuradamente—,

búsqueme unos pantalones, por favor, y avise a los bomberos… ¡Mi habitación entera está ardiendo…!

CAPITULO XI

Angus me llevó a la habitación de Alloysius Walston y sacó unos pantalones, ropa interior, un jersey y unas zapatillas de fieltro.

Siempre he sido muy escrupuloso en cuanto al vestuario y jamás he transigido con ponerme ropas de otras personas, pero en aquellas circunstancias apenas reparé en el detalle.

Me vestí apresuradamente. Angus se había marchado y me encontré con él y con Evan, Ronald y Walston, que ascendían apresuradamente la escalera portando otros tantos extintores contra incendios.

No fue necesario llamar a los bomberos, puesto que con los chorros de espuma de los extintores, el fuego quedó extinguido en poco más de diez minutos.

Sin embargo, la habitación presentaba un aspecto deprimente, con la puerta, la cama y las mesillas de noche parcialmente carbonizadas y el piso y las paredes cubiertos de espuma.

—Le habilitaré otra habitación en seguida, señor —me dijo Angus.

Pero yo apreté los puños, iracundo, y descendí a la carrera.

Sorprendí a Nathan en el office de la planta baja, retirando algunos vasos en una bandeja de plata.

Estaba de espaldas y pude contemplarle bien: su silueta delgada, sus caderas redonditas, su baja estatura, su pantalón negro…

No llevaba, sin embargo, un jersey negro sino el habitual chaqué rojo.

Entré en la habitación y le obligué a volverse de un manotazo.

—Vas a decirme por qué intentaste convertirme en una antorcha humana —bramé—. ¡Vas a confesarlo todo o destrozaré tu cara de marica a puñetazos…!

Me dirigió una mirada ceñuda, de sorpresa.

—Se equivoca, señor, yo…

Alcé el puño, dispuesto a golpearle. Por fortuna, Walston y el mayordomo aparecieron en la puerta.

—¿Qué vas a hacer, Paul? —gritó Walston.

Bajé el brazo.

Con gran excitación, les conté cuanto me había ocurrido desde que penetrase en mi habitación, veinte minutos antes, con el fin de asearme.

—La persona que intentó asesinarme tenía un aspecto curiosamente semejante a este hombre —dije, sin soltar a Nathan.

—Sea como fuere, Nathan no ha podido atentar contra ti —respondió Al—. Durante media hora ha permanecido con nosotros en el salón, sirviéndonos el aperitivo.

—¿Con vosotros? —pregunté.

—Estábamos Evan, Ronald y yo, además de Nathan —puntualizó Walston—. El camarero no se ha movido del salón durante la última media hora.

Solté a Nathan y dije, contrito:

—Lo siento, lo siento de veras. Pensé…

Pero Nathan se volvió de espaldas después de dirigirme una mirada venenosa, típicamente femenina.

—En cualquier caso, he sido objeto de un atentado en el que estuve a un paso de encontrar una muerte horrible —dije tenso—. No pienso dejar las cosas así.

—Supongo que no sospecharás de nosotros… —pronunció Ronald Blythe, que había aparecido en la puerta del office. Evan estaba tras él.

Descarté mentalmente a Ronald —demasiado corpulento— y a Evan, que era grueso como un hipopótamo.

Walston era demasiado alto y Angus excesivamente bajo y achacoso. La señora Herpenmind, por otra parte, era una mujerona alta y rotunda nada parecida a la persona ágil y elástica que había tratado de quemarme vivo.

—No —afirmé—. No sospecho de vosotros, pero es posible que la persona que busco se encuentre todavía en esta casa.

—¿Quieres que avise a la policía? —se ofreció Walston.

—No. Primero quiero registrar la casa. Angus, ¿están cerradas todas las puertas de Carver Manor? —indagué.

—Todas, señor —respondió—. Incluido el portalón del garaje.

Rogué a mis primos que me ayudaran en la búsqueda, tomamos todos linternas y fui a mi habitación a recoger mi pistola de la retorcida y chamuscada maleta de piel de cerdo.

No encontramos a nadie en la planta baja. Luego ascendimos a la primera planta, donde estaban nuestras habitaciones con el mismo resultado.

Sólo quedaba por registrar el desván, al que se ascendía por una escalera de ladrillos al final de la balconada interior.

Angus abrió la puerta que cerraba el acceso al desván y se quedó abajo, mientras nosotros cuatro ascendíamos con toda clase de precauciones.

Sentía un terrible picor en todo el cuerpo, como efecto del baño de gasolina, pero yo estaba decidido a encontrar a la persona que había intentado convertirme en una tea.

Llegamos arriba.

Había una fuerte corriente de aire, porque los ventanucos enrejados carecían de contraventanas.

El desván era de enormes proporciones, sin tabiques ni muros que lo dividieran, apenas sustentado por grandes arcos intermedios.

Estaba lleno de viejos muebles desechados y un sinfín de cachivaches cubiertos de polvo, como baúles, cestos de mimbre, montones de raídos tapices…

En cuanto avanzamos unos pasos a la luz de las linternas, una algarabía de chillidos se oyó en las altas vigas de madera.

Paralizados de espanto, vimos desprenderse de lo alto bandadas de murciélagos que escaparon a través de las enrejadas ventanas.

A mi derecha se dejó oír un jadeo y bruscamente una sombra blanca se abatió sobre mí.

La sangre se heló en mis venas, pero en un movimiento reflejo disparé hasta tres veces.

Algo chocó contra mi cabeza y manchó mis mejillas de sangre.

Walston dirigió el chorro luminoso de su linterna a mis pies y descubrió el cuerpo de la víctima derribado sobre el piso… ¡Una lechuza!

Suspiré, más tranquilo, y proseguimos el registro.

Los cuerpos rectangulares de varias chimeneas se elevaban desde el piso del desván hasta desaparecer en el tejado. Junto a la chimenea principal se amontonaban varios baúles que contenían

viejas ropas en desuso, según comprobamos.

No dejamos nada por inspeccionar. Y el resultado fue negativo.

Todos los ventanucos de aireación tenían rejas. No existían huecos en la techumbre a través de los cuales hubiera podido escapar el fugitivo.

Descendimos y tuve que explicar a Angus el incidente de la lechuza, ya que se sentía muy excitado después de escuchar los disparos.

Por mi parte, me debatía en un mar de cavilaciones. Nadie había salido ni entrado en Carver Manor en las últimas horas, por lo cual, una de las personas que se encontraban en la casa debía ser necesariamente el autor del atentado del que yo había sido objeto.

Mis primos bajaron al salón y Angus me guió hasta mi nueva habitación —situada junto a la de Ronald Blythe— y me preparó el baño, en el que me sumergí durante media hora hasta que mi piel y mis cabellos perdieron su penetrante hedor a gasolina.

Bajé al salón y me tropecé con la señora Herpenmid, la cual desvió pudorosamente la mirada y salió rápidamente.

Nos disponíamos a cenar cuando llegó Jenny, que se había marchado a Londres después del almuerzo, conduciendo el «Morris» del difunto Horace Blythe.

Se quitó un precioso chaquetón «tres-cuartos» y lo dejó sobre el respaldo de una silla.

La contemplé de espaldas y una idea inquietante me asaltó.

Estaba imaginándome a Jenny vestida con un pantalón y un jersey negros, con el cabello recogido y la cabeza embutida en un pedazo de media.

Estatura y silueta serían idénticas a las de la persona que un par de horas antes había intentado quemarme viva.

CAPITULO XII

De buena gana hubiera enviado al infierno el legado de Horace Blythe. En más de una ocasión, en los días siguientes, estuve a punto de abandonar Carver Manor y regresar a mi dulce apartamento de Chelsea.

Era consciente del peligro que todos corríamos en la diabólica mansión. Por otra parte, día a día se iban deteriorando las relaciones entre los parientes.

Evan reñía con su hermano Ronald, y Al Walston reprochaba a Jenny su frivolidad y sus constantes salidas, que solían durar desde las once de la mañana hasta el anochecer.

Se diría que en Carver Manor se respiraba una atmósfera venenosa, maléfica, que acabaría por volvernos locos a todos.

En cierto modo, yo era el único que conseguía conservar mi equilibrio emocional, quizá porque me distraía en resolver el complicado rompecabezas.

Me preguntaba, por ejemplo, quién podía estar empeñado en hacernos desaparecer de este valle de lágrimas.

Había conseguido eliminar a Evan y Ronald Blythe de mi lista de sospechosos. Siempre habían sido honrados, aunque demasiado toscos y elementales.

¿Y el dinero que Ronald había entregado en Guardford a Ruggles, el loquero de Moorgate?

Hawkins me había dado la solución: una vieja sirvienta de mis primos estaba internada en el manicomio de Moorgate. La mujer estaba esquizofrénica y los Blythe entregaban dinero a Ruggles para que el loquero procurase un mejor tratamiento a la anciana…

Tampoco Al Walston era un criminal. Tenía problemas económicos, pero jamás recurriría al crimen para solucionarlos.

En cuanto a Jenny
O’Neill

… mis sospechas no tenían el menor fundamento, pues pude comprobar todos sus movimientos. Ella estaba, en Londres, sin dudas, cuando alguien se empeñó en rociarme con gasolina y prenderme fuego.

El comisario Hawkins seguía realizando las investigaciones que yo le había encargado.

Pero el día treinta tomé mi coche y viajé hasta Londres.

A las doce del mediodía me entrevistaba con el notario Cyrus Tocker.

Sólo tenía que hacerle una pregunta. Y la hice:

—¿Mencionó Horace Blythe en su testamento a la señora Herpenmid, a Angus Saville o a Nathan McGill?

—No, no —respondió Tocker, con rapidez—. Los únicos herederos son sus primos… Es decir… ¡ejem!, los que aún viven.

Así que bien mirado, nadie tenía motivos para asesinarnos. Pero ya se habían producido dos crímenes, dos muertes. Y yo sospechaba que ambos habían sido asesinados.

De repente recordé el último párrafo del mensaje contenido en el testamento de Horace Blythe.

«… siempre me ha gustado prever todas las posibilidades, y así, si todos murieseis entre las fechas citadas, la herencia sería administrada por Cyrus Tocker, quien tiene instrucciones mías secretas para disponer de mi fortuna en la forma conveniente…».

Es decir, que si los siete primos moríamos asesinados, la herencia sería usufructuada por Cyrus Tocker, mediante aquellas instrucciones secretas, a que aludía Horace.

En resumen: la única persona interesada en eliminarnos era Tocker.

Me trasladé al Yard y hablé largo rato con el comisario Hawkins, a quien encomendé la vigilancia discreta pero continua de Cyrus Tocker.

Volví a Carver Manor y me detuve media hora en la Black Tabern para tomar unas copas de jerez.

El resto del día transcurrió en Carver Manor sin ningún incidente.

Al día siguiente era Halloween (El día treinta de octubre, víspera de Todos los Santos. En los países sajones existe la leyenda de que

ese día las brujas y los espectros quedan en libertad durante veinticuatro horas. Los chicos celebran esta festividad disfrazándose con máscaras, arrojando cohetes y petardos y llevando a cabo toda clase de travesuras).

Y en verdad, podría decirse que las puertas del Averno se habían abierto para dar libertad a todos los espíritus infernales, a juzgar por los hechos que tuvieron lugar en Carver Manor.

Amaneció un día brumoso y gris.

No llovía, pero el firmamento tenía un tinte oscuro, violáceo.

A las diez de la mañana, la claridad diurna era tan escasa que obligaba a mantener todas las luces encendidas en Carver Manor.

Era domingo, por lo cual ninguno de nosotros tenía la disculpa del trabajo o los negocios para abandonar la lúgubre residencia, de forma que de común acuerdo decidimos pasar el día entero en la casa.

A las once, el cielo estaba cubierto de negros nubarrones que presagiaban tormenta.

Poco después, Angus vino a decirme que el propano no llegaba a los quemadores de la caldera de calefacción central ni a la cocina (de alguna forma, el mayordomo me había tomado por el señor de la casa).

Salí al exterior para echar un vistazo al gran depósito de propano situado a quince metros de la casa, bajo un bosquecillo de olmos.

El aire estaba densamente impregnado de gas; bastaba con respirar para comprobarlo.

Me asusté.

Bastaría con encender un fósforo y…

Eché una ojeada a la llave de paso del depósito. El eje estaba roto y el gas salí con fuerza.

Volví a la carrera, decidido a telefonear al servicio correspondiente para que vinieran a vaciar el depósito y a reparar la avería.

Estaba en el vestíbulo y comenzaba a marcar en el dial del teléfono, cuando el brillante fulgor de una exhalación eléctrica penetró a través de las cristaleras.

Inmediatamente vi surgir una enorme llamarada que inundo de fuego el bosque en una extensión de setenta metros a la redonda.

Luego resonó la explosión potentísima que conmovió desde sus cimientos todo el caserón.

Me vi arrojado al suelo al tiempo que las ventanas y sus cristales volaban en fragmentos.

En los primeros instantes no tuve noción cierta de lo que había ocurrido, pero en seguida lo comprendí: la chispa eléctrica de un rayo había incendiado el gas que inundaba el bosque a ras de tierra (El propano —como el butano— es un gas que pesa más que el aire por tanto, cuando se produce un escape, en lugar de flotar en la atmósfera o ascender, cae lentamente y se deposita a nivel del suelo), lo cual acababa de provocar la explosión del depósito de propano.

Del pasillo de servicios salió la señora Herpenmid con el rostro bañado en sangre.

—Estaba junto a la ventana, cuando… —murmuró, aterrada.

Llamé a gritos a Walston, que llegó en seguida con la chaqueta manchada de tierra, pues el tecno del salón se había hundido parcialmente.

Jenny y Walston se ocuparon de curar al ama de llaves, que sólo sufría unos cuantos arañazos superficiales, más aparatosos que graves.

Entretanto, el bosque entero ardía alrededor de Carver Manor. Abrí la puerta: la temperatura era tan elevada que abrasaba mis mejillas.

Como, además, todo estaba lleno de lodo y charcos, el vapor ascendía desde el suelo y se elevaba a las alturas teñido de rojo, lo que daba una dantesca y pavorosa apariencia al bosque.

Avancé unos metros y comprobé que un ala del edificio se había derrumbado, precisamente la correspondiente a la biblioteca donde se guardaba la alucinante colección de libros de *sir* Cyril Hartman.

Un viejo olmo ardía muy próximo. El peligro de incendio en Carver Manor era extremo, según pude comprobar.

Bastaría que una de las ramas incendiadas del olmo cayese sobre las desgajadas estanterías y los libros, para que todo comenzase a arder.

Como confirmación a mi presagio, el olmo se partió por la mitad y cayó con gran estrépito sobre el tejado, rebotó y prendió fuego a la biblioteca.

Los mágicos libros del Descuartizador comenzaron a convertirse en pavesas.

Retrocedí aterrado.

Era preciso emprender cuanto antes la evacuación de todas las personas que se encontraban en la mansión.

La Providencia o el azar vinieron en nuestro auxilio.

Se oyó un retumbante y prolongado trueno y en seguida comenzó a llover torrencialmente.

Un cuarto de hora después, el pavoroso incendio estaba completamente extinguido. La lluvia prosiguió cayendo con violencia durante todo el día.

Miré el bosque. Presentaba un aspecto desolador: los troncos de los árboles desnudos de ramas, desgajados, ennegrecidos.

Me sentía confuso y mis pensamientos eran sombríos.

Sin embargo, no podía hablarle meramente de un atentado criminal: cuando observé la llave de paso, sólo pude descubrir una avería que parecía casual, pues no logré hallar huellas de manipulaciones criminales.

Se diría que todo debía resumirse en un desagradable accidente, que, por fortuna, no había tenido graves consecuencias para ninguno de los moradores de Carver Manor.

Entrarnos en la biblioteca. La explosión había abierto un enorme hueco en forma de cuchilla a través del cual penetraba en tromba la lluvia.

—¡Allí! —exclamó Jenny, de improviso.

Miré a través del hueco y vi a los dos hombres que huían entre los árboles, chapoteando sobre los charcos.

Sin pensarlo demasiado, salté sobre el tronco del olmo derribado y emprendí la persecución.

Tenía mi pistola en el bolsillo y estaba dispuesto a comprobar la identidad de los dos merodeadores y a conocer sus intenciones.

Tropecé con una rama carbonizada y caí violentamente al suelo. Conseguí liberarme de la dichosa rama, me incorporé y proseguí la huida, pero había perdido un tiempo precioso en la caída y aunque recorrí más de un kilómetro, bosque adentro, no encontré a nadie.

De regreso a Carver Manor, decidimos de común acuerdo clausurar la puerta de la biblioteca, para lo cual, además de cerrar con llave, la atrancamos con dos gruesos listones a prueba de

intrusos.

Antes de almorzar, todos hubimos de subir a nuestras habitaciones para recuperar un aspecto decente, puesto que todos estábamos cubiertos de polvo, tiznados o manchados de barro, como yo mismo.

Durante el almuerzo —al que aún no se había sumado Evan Blythe—, dije:

—Creo que lo más sensato sería marcharnos.

Jenny estuvo inmediatamente de acuerdo.

Pero Ronald Blythe y Al Walston se mostraron contrarios a la idea de abandonar Carver Manor.

—Sólo dos días más, Paul, y entraremos en posesión del legado de Horace —arguyó Ronald.

—Nuestro primo Ron tiene razón, Paul. Sólo faltan dos días para que cada uno de nosotros recibamos la nada desdeñable cifra de trescientas sesenta mil libras esterlinas —apoyó Walston.

Al fin y al cabo, era disculpable su actitud. Si habíamos aguantado once días en la sombría residencia, bien podíamos hacer un esfuerzo para resistir cuarenta y ocho horas más.

Mi temor, sin embargo, era que siguiera la racha de luctuosos sucesos que habían tenido lugar a lo largo de aquellos once días.

Y mis augurios no tardarían mucho tiempo en verse confirmados.

Nos encontrábamos a los postres, cuando Jenny preguntó:

—¿Y Evan, no baja a comer? ¿O es que se encuentra indispuesto?

Todos nos miramos expectantes.

—No comprendo su tardanza —respondió Ronald—. Mi hermano no es de esas personas que dedican demasiado tiempo a su *toilette*. Iré a ver.

Abandonó la mesa y subió a la habitación de Evan.

Volvió unos minutos después. Y parecían tan descompuesto y enfermo que me dio lástima.

—¡Evan está muerto…! —declaró con voz ronca.

—¿Muerto? —exclamé, alzándome de un asalto en mi asiento—. ¿Cómo es posible?

—No lo sé —respondió—. Le he encontrado tendido sobre el pavimento de su cuarto de baño. Sus facciones tienen un extraño

tono oscuro…

Subimos la escalera en tropel.

Yo iba en cabeza, con mi «Beretta» firmemente empuñada en mi mano izquierda y dispuesto a disparar a matar en cuanto divisara el menor bulto sospechoso.

Cruzamos su alcoba y empujé la puerta del aseo.

Abrí la puerta de golpe, con fuerza, para comprobar si alguien se ocultaba detrás de ella, pero no había nadie que no fuera el infeliz Evan Blythe.

Aparecía tendido de costado. Como acababa de declarar su hermano, su rostro estaba negruzco y el resto de su cuerpo presentaba un tono rojizo.

Ya me disponía a tocar su pecho, a la altura del corazón, cuando retiré la mano al descubrir el trozo de cable visible entre las cortinas de plexiglás corridas sobre el muro alicatado y la alfombra de plástico esponjoso extendida bajo el cuerpo de Evan.

Tiré del cable y surgió un potente chisporroteo azulado.

Con gran cuidado, lo colgué de una percha de madera y me incliné sobre Evan.

Estaba muerto, no cabía duda. Bajo el cadáver, la alfombra estaba empapada de agua.

No era demasiado difícil imaginar lo que había ocurrido: Evan había salido del bario chorreando y había pisado la alfombra con los electrodos del cable debajo.

—La muerte se ha producido por electrocución —declaré—. Sn embargo, no se trata de un accidente fortuito. Alguien colocó con propósito criminal ese cable bajo la alfombra. Se trata de un asesinato.

Mis primos me miraron, sobrecogidos de espanto. Excepto Jenny, que había apartado pudorosamente la vista para no contemplar el cuerpo desnudo de Evan Blythe.

—¿Qué vamos a hacer con el cadáver de mi pobre hermano? —me preguntó Ronald.

—Nada —respondí—. La policía se ocupará de todo Que nadie entre en el cuarto de baño. Es preciso dejar todo tal como está.

Bajé al vestíbulo para telefonear al Yard. Mi intención era suplicar al comisario Hawkins que la policía de Scotland Yard se encargase del asunto, pues no confiaba mucho en el inspector

Eastwood, policía de Guardford.

El teléfono había vuelto a estropearse. Es decir, no había línea. Y era muy improbable que los operarios de la compañía telefónica volvieran a arreglar la avería en domingo.

Fui al office, anuncié a los sirvientes lo que ocurría, y pregunté a Nathan si no tendría inconveniente en trasladarse a Londres y entregar un mensaje en New Scotland Yard.

Accedió en seguida, con gran sorpresa mía, puesto que sospechaba que el camarero se sentía todavía ofendido.

Poco después escuchamos el petardeo del escape del «Morris» y Nathan se alejó hacia la capital, dispuesto a cumplir mi encargo.

Bueno, eso era lo que yo pensaba entonces. Porque, como se sabrá más adelante, estaba equivocado.

Me llamé estúpido mentalmente por no haber traído en mi último viaje a Londres un transmisor-receptor de radio de los que solemos utilizar en el Yard, lo cual me hubiera permitido en cualquier circunstancia comunicarme rápidamente con el comisario Hawkins.

La tarde transcurrió lentamente. Una atmósfera tensa, agobiante, parecía imperar en Carver Manor.

Comencé a sospechar cuando llegó la noche y Nathan no regresó. Tampoco llegó la policía.

—No pienses mal —me dijo Jenny—. ¿Quién puede asegurar que Nathan no ha sufrido un accidente? Todo puede ocurrir en ese horroroso camino de fango.

La señora Herpenmind y el anciano mayordomo vinieron al salón poco después.

Angus me preguntó si no nos importaría que ambos permanecieran en el salón, en nuestra compañía.

Tenían miedo, era evidente, y yo no encontré ninguna justificación para evitar que estuvieran con nosotros.

—Siéntense —invité—. Y no teman.

Pero yo mismo comenzaba a ser víctima de la venenosa atmósfera que se respiraba en la mansión de Horace Blythe. Tenebrosos augurios me asaltaban en cuanto se hacía el silencio y cada cual se abstraía en sus pensamientos.

—Vamos, tomemos todos una copa —exclamé, con intención de elevar los ánimos.

Pero Ronald me miró con reproche —su hermano yacía muerto arriba— y nadie aceptó mi invitación, por lo que yo tampoco bebí.

Jenny comenzó a sentirse mal hacia las ocho de la noche.

Dijo que se le había cortado la digestión y no me extrañó, puesto que poco después del almuerzo habíamos descubierto el cadáver de Evan.

La miré. Su tez estaba muy pálida, descolorida.

—Voy a subir a mi habitación —decidió al cabo de unos minutos —. Volveré en seguida.

Yo la retuve por un brazo. Imaginaba que Jenny sentía náuseas y que se disponía a vomitar.

—¿Quieres que te acompañe? —pregunté.

Jenny sonrió débilmente.

—No, no es necesario. Sólo tardaré unos minutos… —respondió.

Abandonó el salón. Yo estaba contando los minutos que transcurrieron desde que ella salió y empecé a alarmarme cuando se cumplieron los diez y Jenny no había regresado.

Ronald se había puesto en pie para estirar las piernas y paseaba lentamente desde la chimenea hasta la puerta que comunicaba con el vestíbulo.

Ya me disponía a levantarme cuando escuchamos el gemido ahogado de Jenny.

Ronald estaba junto a la puerta del vestíbulo y fue el primero en acudir en su auxilio.

También yo corrí a toda la velocidad que me permitían mis piernas.

Abrí de un empellón la puerta al tiempo que escuchaba un ronco alarido de muerte.

El vestíbulo estaba en penumbras: el aplique luminoso empotrado en el muro debía haberse estropeado.

En cuanto hube dado unos pasos, vi la silueta que al contraluz se abalanzaba contra mí.

Me pilló desprevenido. Sentí el violento cabezazo en mi pecho y caí al suelo.

Mi agresor saltó sobre mí y se alejó a la carrera. Estaba ya levantándome, aunque apenas si podía respirar, cuando escuché el portazo de la puerta principal; el desconocido había huido.

Llamé a grandes voces a Walston y al mayordomo.

Sobre los primeros peldaños de la escalera, Ronald yacía de costado, con el cuello terriblemente rebanado.

La sangre chorreaba todavía, y se deslizaba de un escalón a otro con un siniestro goteo.

Subí de dos saltos con mi pistola en la mano.

Encontré a Jenny tendida en el descansillo donde la escalera se dividía en dos cuerpos a derecha e izquierda.

En el primer instante creí que estaba muerta y las lágrimas humedecieron mis ojos.

Pero su pecho se hinchaba levemente, ¡vivía!

Walston y Angus llegaron junto a mí. A la luz de sus linternas vi las violáceas señales de dedos en tomo al delicado cuello de mi adorada Jenny.

Mis manos temblaban. En cuanto a Angus y a mi primo Al, se sentían tan horrorizados que incluso les castañeteaban los dientes.

—Llévenla al salón, por favor —supliqué.

Tomé una linterna de manos del mayordomo y descendí hasta el lugar en que yacía Ronald Blythe.

Un horroroso tajo había segado profundamente su cuello.

Mi primo Ron había dejado de existir.

Al pie de la escalera, sobre el piso del vestíbulo, estaba formándose un gran charco de sangre.

CAPITULO XIII

Un soplo de aire frío llegó por mi espalda. Di un brinco y estuve a punto de disparar, pero no ocurría nada extraño. Sencillamente, la puerta principal, por a que acababa de escapar el asesino, estaba abierta y el viento helado penetraba a través de ella.

Me puse en pie. Era una zona sombría, al pié de la escalera, vi brillar un objeto alargado.

Me acerqué. Era un largo alfanje antiguo, pero cuya brillante hoja indicaba que había sido perfectamente afilado en fecha reciente.

El filo estaba manchado de sangre; aquélla era el arma que había terminado con la vida de Ronald.

Me estremecí de frío espanto, pero no llegué a tocar el alfanje: las huellas del asesino podían estar impresas en su damasquinado mango.

Fui hasta la puerta con los nervios tensos como cuerdas de guitarra, la cerré y corrí el grueso cerrojo que la aseguraba.

Me detuve debajo del gran farol colgado de un hierro artístico en el muro. Corrí un viejo diván castellano, me subí en él y alcé el brazo hasta tocar la bombilla. La rosqué y la potente lámpara fulgió.

De modo que no estaba fundida, sino que alguien la había aflojado.

En aquel instante, los cristales verdosos de la puerta saltaron en fragmentos y la bombilla estalló entre mis dedos.

Me arrojé al suelo veloz justo en el momento en que dos nuevos impactos se estrellaban secamente y arrancaban chispitas del muro de granito.

Como pude, me arrastré hasta el salón.

—¡Apagad las luces! —grité a Walston y al mayordomo.

Me obedecieron.

Les expliqué lo que acababa de ocurrirme.

—Han estado a punto de alcanzarme con el primer disparo —dije—. Quienquiera que esté fuera, en la oscuridad, puede vernos perfectamente a contraluz, si mantenemos esa gran araña encendida.

—Dios mío, Dios mío… —murmuró la señora Herpenmind, despavorida.

Transcurrieron con lentitud angustiosa dos minutos.

—Voy a correr las cortinas de las dos ventanas… —anuncié—. No se muevan.

Me arrastré en la oscuridad y guiándome por el resplandor de la hoguera, llegué al pie de la primera ventana y corrí las gruesas cortinas de terciopelo azul oscuro.

Cuando hube terminado, volví a la puerta que comunicaba con el vestíbulo y la atranqué.

—Vengan todos juntos a la chimenea —susurré—. Aquí no podrán alcanzarnos las balas, en el caso de que vuelvan a disparar.

Ayudé a Walston a depositar a Jenny sobre un diván, muy cerca de la chimenea. Angus y el ama de llaves se apiñaron, medrosos, junto a nosotros.

Jenny volvió en sí pocos minutos después. A la luz de las llamas, contemplé sus finas facciones marcadas por el pánico.

—Calma, pequeña. Ya pasó todo —susurré.

—¿Por qué…, por qué estamos a oscuras? —preguntó con un trémolo de angustia en la voz.

—Una simple medida de seguridad —afirmé. E inquirí—: ¿Qué fue lo que te ocurrió?

Jenny se echó a llorar.

Tuve que tranquilizarla como a una niña antes de conseguir que hablase.

—Volvía… volvía de mi habitación, cuando noté que alguien me seguía a lo largo del pasillo… Me volví y… ¡Oh, Dios mío!

—¿Qué?

—¡Era él, Horace Blythe! Me miró. Sus ojos brillaban malignos. No dijo nada, no pronunció una sola palabra, pero se abalanzó sobre mí y supe que se proponía asesinarme.

—¿Horace? —exclamé, incrédulo—. Horace Blythe está muerto y bien muerto, querida. Supongo que debiste sufrir una alucinación.

Es lógico, todos estamos obsesionados, soportamos una aguda tensión.

—¡No era una alucinación! ¡Era él, Horace Blythe…! —protestó Jenny vehementemente.

—Veamos, quizá la persona que tú viste cubría su rostro con una de esas perfectas caretas de látex. Se consiguen así unos parecidos asombrosos… —insinué.

—No lo sé. —Jenny se sentía desconcertada—. Quizá sea ésa la explicación. Sin embargo, fuese quien fuese, no era un espectro. Sus manos hicieron presa en mi cuello y apretaron con tanta fuerza que creí marearme. Cuando ya estaba a punto de asfixiarme, Ronald apareció en la escalera. Entonces, Horace dejó de apretar mi garganta y caí al suelo.

—¿Viste algo de lo que sucedió a continuación? —Quise saber.

—Sí. Horace, o el hombre que se ocultaba bajo la máscara, desenvainó un brillante alfanje que llevaba sujeto a la cintura y se arrojó sobre el pobre Ronald, que acudía valientemente en mi auxilio. Vi brillar la hoja del arma y… perdí el conocimiento. Dime, Paul, ¿ha muerto Ronald?

—Sí —asentí, consciente de que ocultándoselo no serviría de nada.

Jenny rompió en entrecortados sollozos.

—¡Dios santo, jamás imaginé que tendría que vivir una situación tan horrenda…! —murmuró entre dientes.

Acaricié sus mejillas y pronuncié a su oído tiernas palabras de consuelo. Junto a nosotros, la señora Herpenmind rezaba fervorosamente.

Consulté mi reloj al resplandor rojizo del fuego del hogar: eran las nueve y media de la noche.

Nos aguardaba una larga y tensa vigilia, a lo largo de la cual todos los horrores serían posibles.

Angus y la señora Herpenmind se adormilaron, recostados el uno sobre el otro. También Jenny se sumergió al cabo en un profundo y piadoso sueno reconfortante.

Sólo Al Walston y yo permanecimos despiertos y vigilantes.

—Es necesario viajar a Londres y denunciar a la policía cuanto ocurre aquí, Paul —murmuró mi primo.

—No queda otra solución que esperar a que se haga de día.

Emprender el viaje ahora, sería propio de un suicida —argumenté—. Ahí fuera hay alguien que pretende asesinarnos… a todos. Desde la oscuridad, sería fácil acertar a cualquiera que condujese un coche a lo largo del camina.

—Creo que tienes razón —replicó con voz ronca.

Se sentía tan aterrado como yo, por lo que procuré animarlo.

—No temas. No podrán penetrar en este salón. Por otra parte, tengo mi pistola y sé utilizarla muy bien —dije.

Nunca olvidaré aquella terrible noche transcurrida en vela.

Cuando al fin se hizo de día, todos nos sentimos liberados en alguna forma. Las tinieblas habían huido e incluso el sol se asomó tímidamente entre las borrascosas nubes.

Walston, Angus y yo abandonamos el salón, tomamos el cadáver del infeliz Ronald y lo llevamos a su habitación. El mayordomo se encargó de limpiar el enorme charco de sangre extendido al pie de la escalera.

La señora Herpenmind se atrevió a abandonar el salón para preparar el desayuno. Apenas tomamos café: nadie se encontraba en estado de ánimo como para devorar un abundante desayuno.

Walston se acercó a mí y declaró:

—Me voy a Londres. Hay que avisar a la policía.

Accedí. Le di unas instrucciones para transmitir al comisario Hawkins y bajé con él al garaje.

El sol se había ocultado rápidamente y comenzaba a diluviar de nuevo cuando Walston emprendió el viaje.

Eran las nueve de la mañana entonces.

Hacia las diez y media yo me encontraba colocando una nueva lámpara de farol en el vestíbulo, cuando escuché el rumor del escape del automóvil de Walston.

Comencé a presentir que algo no marchaba bien. Yo sabía que en llegar a Londres a través del detestable camino se tardaba, al menos, una hora en la ida y otra en la vuelta. Es decir, dos horas.

Pero sólo habían transcurrido noventa minutos escasos.

Abrí la puerta despacio y me asomé receloso.

El coche de Walston se había detenido a unos quince metros de la puerta.

Pero mi primo no estaba a la vista.

Avancé, receloso, con la «Beretta» en la mano.

Miré a través de los cristales: el interior estaba vacío.

Desconcertado, corrí hacia el garaje, para comprobar si Walston había elegido aquella vía de acceso a la casa.

No estaba en el garaje.

Subí por la escalerilla que llevaba al pasillo del office y tropecé con el mayordomo.

—No, no he visto al señor Walston —contestó a mi pregunta.

Anduve cada vez más intrigado hasta el salón, donde se encontraban Jenny y el ama de llaves.

No, tampoco ellas habían visto a Walston.

Salí de nuevo y contemplé el automóvil, reflexivo.

Entonces advertí que la tapa del maletero no estaba del todo cerrada.

Me acerqué y la elevé de un golpe.

Walston estaba allí, muerto.

Habían destrozado su cráneo a golpes, de forma que sus facciones aparecían parcialmente deformadas.

Sin poder evitarlo, de mi garganta brotó un alarido de horror, de cólera y de impotencia.

CAPITULO XIV

Escogí el «Lincoln», más potente y espacioso.

Seguía lloviendo torrencialmente, pero yo estaba firmemente dispuesto a llevar a cabo la evacuación.

Jenny, la señora Herpenmind y Angus Saville descendieron por la escalerilla hasta el garaje y se acomodaron dentro del coche.

Miré a Jenny, que se sentaba a mi derecha, y le entregué mi pistola.

—Ya sabes lo que tienes que hacer —le dije—. Dispara sin temor en cuanto divises cualquier forma sospechosa, sea hombre o animal.

Arranqué y el coche se deslizó fuera del garaje.

Tras la primera curva del camino me vi obligado a dar un rodeo entre los árboles para evitar la riada: el canal se había desbordado por las copiosas lluvias y las aguas inundaban, impetuosas, la campiña.

Estaba oscureciendo. A pesar de las luces, tenía que esforzar mi vista para evitar chocar contra los árboles.

Un kilómetro más allá, volví al camino.

Todo debía marchar bien a partir de entonces: bastaría cruzar el estrecho puente de piedra sobre el canal y tendríamos vía libre hacia Guardford.

Pero el puente había desaparecido bajo las aguas.

Torcí el volante e intenté encontrar un camino paralelo al canal.

Pero todo fue inútil: en toda la extensión que abarcaban los faros del coche, lo único que se divisaba era el bosque inundado.

Di la vuelta.

Para quedarme inmovilizado en mitad del campo, prefería con mucho volver a Carver Manor. Allí, al menos, contaríamos con unos muros que nos cobijarían.

No fue nada fácil el retorno. A menudo nos metíamos en profundos charcos de los que sólo el potente «Lincoln» que conducía

fue capaz de sacarnos.

Ya bien entrada la noche llegamos a Carver Manor, de vuelta.

Metí el coche en el garaje y descendimos.

Puede imaginarse nuestro estado de ánimo: nos sentíamos desvalidos en aquel lúgubre caserón, expuestos al terror y a la muerte.

En cuanto estuvimos dentro, cerramos todas las puertas y nos reunimos en el salón.

—Que nadie salga de aquí —advertí—. Voy a salir, pero volveré en seguida.

—¿Adónde vas? —preguntó Jenny, temblorosa.

—Tal vez se haya producido el milagro… Voy a ver si funciona el teléfono —respondí.

Acababa de descolgar el auricular, cuando las luces se apagaron.

Inmediatamente el aire se desplazó; a mis espaldas y una descomunal hacha medieval arrancó chispas del muro de granito.

Disparé inmediatamente.

Al resplandor azulado del disparo, pude contemplar, instantáneamente, unos cabellos rojizos.

Encendí mi linterna y dirigí la luz sobre el hombre caído en tierra.

—¡*Sir* Cyril Hartman! —grité, despavorido.

Sin embargo, tuve valor suficiente para inclinarme sobre él y dar un tirón a la roja cabellera.

La peluca y la máscara se desprendieron y debajo apareció un rostro brutal.

Hawkins me había facilitado fotos de los fugados de Moorgate y en seguida reconocí a AlIan Fuller, uno de los fugitivos.

Súbitamente, una maza se abatió sobre mí y mis dedos, doloridos, soltaron la pistola.

Las luces volvieron a lucir instantáneamente.

Entonces vi a las tres personas que me encañonaban con sus armas.

Uno de ellos era Nathan McGill, el camarero, que sonreía insidiosamente.

El segundo era Edgar Bingtrop, otro de los fugados del manicomio.

Y el tercero… Horace Blythe.

Era él, no se trataba de ningún fantasma.

—Retrocede hasta el salón, querido primo —ordenó sin elevar la voz.

Jenny y la señora Herpenmind chillaron de espanto cuando me vieron aparecer empujado por mis tres captores.

—¡Creí… creí que ya había terminado Halloween…! —murmuró Angus.

Fuimos obligados a tendernos en el suelo, con las manos sobre la nuca.

Entonces vi que Horace Blythe empuñaba la pesada hacha y se aproximaba a nosotros, mientras Nathan y Bingtrop nos amenazaban con un rifle y un revólver.

Comprendí sin dificultades que Horace se proponía decapitarnos.

—Nunca pudiste olvidar nuestras bromas infantiles, ¿verdad, Horace? —dije.

—¡Tú lo has dicho! Todos me despreciabais y os burlabais de mí constantemente. Os reísteis de mí, de mis estudios e investigaciones relacionados con la muerte.

—Y por eso decidiste obligarnos a saborearla intensamente —insinué.

—Exactamente. Para cada uno de vosotros planeé una muerte distinta, aunque Jenny y tú os resististeis tenazmente a morir. Pero ahora…

—Eres un loco, un anormal, Horace… Incluso sexualmente. Sospeché que Nathan era tu «amiguito» desde el principio. ¿Me equivoco al suponer que contrataste a Fuller y a Bingtrop cuando se fugaron de Moorgate? —pregunté.

—Aciertas. Bingtrop intentó quemarte vivo, pero la idea era mía —respondió Horace, jactancioso, apoyando el hacha a un metro de distancia.

—¿Qué ocurrió con Alex Blythe?

—Me sorprendió charlando con Simcus Fuller y Bingtrop. Logró disparar contra Simcus, pero Fuller cayó sobre él y la escopeta se disparó* y le hirió.

—No comprendo por qué no mataste a Alex entonces…

—Su muerte hubiera estropeado mi plan de asesinaros a los siete. Hablé con él, le prometí explicarle todo lo relacionado con mi

«muerte» y le ofrecí una cantidad de dinero que podría recoger aquella misma noche si acudía a la caseta, que yo utilizaba para penetrar en Carver Manor, Sólo tuve que empujarle cuando se apoyaba en el brocal del pozo, completamente borracho… Naturalmente, fingí mi muerte para utilizar la herencia como cebo en el que vosotros picasteis irremisiblemente…

—Y la persona que murió abrasada en la casa de Chiny Row fue… un pobre y mediocre actor llamado Roger Cardinal —dije:

—¿Cómo lo sabes? —indagó estupefacto.

—El Yard buscaba a Cardinal. Yo tenía su fotografía… y advertí su prodigioso parecido contigo. Y ahora comprendo el truco que utilizaste para conseguir que Cardinal acudiese a la funeraria de Chiny Row.

—Fue fácil. Le ofrecí quinientas libras a cambio de hacerse pasar por mí durante unos minutos. Excité su amor propio y Cardinal picó. Yo había regado la casa con gasolina y Hussy vio entrar a Cardinal y le confundió conmigo. El resto…

Horace alzó el hacha. Sus ojos brillaron malignos.

—¡Espera! —grité—. No entiendo cómo podías penetrar en esta casa después de que el pasadizo fue tapiado.

Horace dejó escapar una carcajada histérica.

—Hay muchas cosas que tú nunca comprenderás, querido primo —exclamó—. ¿Has olvidado que me gusta prever todas las posibilidades? Preparé otra vía de escape. En el desván está la chimenea principal, en desuso, junto a la cual verías unos baúles amontonados. Bastaba descender por las ramas de un olmo para llegar a la chimenea, descender por ella y… penetrar por el agujero oculto detrás de los baúles. Por allí escapó Bingtrop, tras intentar convertirte en una antorcha humana.

—A pesar de todo, no podrás escapar, Horace. Tus crímenes no quedarán sin castigo —exclamé, rabioso e impotente.

—Nadie puede acusar a un muerto. Legalmente, yo he fallecido. Cuando encuentren vuestros cadáveres, acusarán a cualquier infeliz, pero yo siempre estaré a salvo —afirmó con voz helada.

—Pero te has quedado sin fortuna —argumenté, para ganar tiempo.

—¡Fortuna! —Rió—. Los pocos miles de libras que tenía los empleé en adquirir y reparar esta casa, que debía constituir vuestra

trampa. Engañé al notario Tocker, os engañé a todos…

Sus facciones se tensaron, sus manos aferraron el hacha.

Cerré los ojos, preso de una mortal angustia.

Una fragorosa sucesión de detonaciones me obligó a abrir los ojos.

Alguien acababa de destrozar una ventana y disparaba una metralleta con gran soltura.

Horace dejó escapar el hacha, que milagrosamente no me amputó la mano izquierda por accidente.

Luego la puerta fue abierta de una patada y Hawkins llegó a la carrera, seguido de algunos de mis camaradas del Yard.

—Buenas noches, *sir* —anunció el comisario, inclinándose rígidamente ante mí.

—La peor… y la mejor noche de mi vida, señor… —respondí poniéndome en pie de un salto.

Estreché sus manos en un impulso incontenible.

—Jamás hubiera sospechado que fueran a aparecer tan a tiempo —afirmé.

—Llegamos en lancha, por el río. Me sentía muy inquieto por su tardanza en comunicarse conmigo, *sir*. Y propuse a mis muchachos un paseo fluvial… Llevábamos diez minutos apostados en las ventanas y en el vestíbulo y yo mismo escuché cuanto habló con su querido primo Horace.

—¡Dios mío! —gemí—. ¿Por qué no entraron antes?

—Usted no me lo pidió, *sir* —fue la sorprendente respuesta de Hawkins.

Ayudé a incorporarse a Jenny y a la señora Herpenmind, que permanecían tendidas en el suelo, absolutamente paralizadas por el espanto.

Poco después, todos abandonábamos la siniestra Carver Manor. Habían terminado doce días del más intenso horror.

Tuvimos que chapotear a través del bosque encharcado hacia la orilla del río.

Yo llevaba a Jenny muy apretada contra mi pecho.

—Sería una pena que siguiéramos con nuestro anterior distanciamiento —murmuró ella a mi oído—. Sobre todo ahora que nos hemos quedado sin primos.

—Tú me gustas mucho, querida Jenny —afirmé.

—Podíamos unirnos…

—¿De veras? —inquirí, entusiasmado.

—A través del matrimonio —respondió ella. Y mi entusiasmo bajó muchos grados inmediatamente.

—No sé —aduje—. Tú y yo somos primos.

—En cuarto grado —puntualizó Jenny.

Carraspeé.

—Debes saber que yo era un solterón empedernido. —Declaré.

—Hasta ahora —insinuó ella.

—No sé… Creo que no debemos precipitarnos.

Los cálidos labios de Jenny besaron los míos fogosamente. El aroma de sus cabellos me embriagaba.

—¿Esta misma noche? —pregunté.

—Ésta misma noche… —respondió, oprimiendo mí mano.

Hawkins nos esperaba a bordo de la lancha patrullera.

FIN



JOSÉ LEÓN DÓMINGUEZ (Kelltom Mcintire) nació en la localidad pacense de Higuera la Real en 1937. Su afición a la escritura nace a bien temprana edad, tanto es así que a los cinco años ya ganó un concurso de literatura. Después de terminar el bachillerato y estudiar magisterio se traslada a Alcalá de Henares cuando contaba treinta años de edad. Comienza a trabajar en una fábrica a las par que escribe sus primeras novelas, su primer título fue «Ultimátum a un pistolero» por la cual le pagaron la cantidad de 4000 pesetas. Comienza a trabajar con las editoriales Toray y Bruguera,(aunque trabajó bastante años para esta editorial nunca visitó ni conoció personalmente dicha editorial, pues todos sus trabajos se hicieron a base de correos) su primer trabajo con ellos fue «La pista de los 100 000», a partir de este momento comienza su prolífica carrera. Kelltom habrá escrito en total unas 500 novelas abarcando todos los géneros, policíacas, oeste, terror y ciencia-ficción, aunque reconoció que donde se desenvolvía con más habilidad y pericia era en el género policíaco. Otros pseudónimos que utilizó fueron: Joseph Domenici y Joss Tanner. Fueron los años 70 los más prolíficos de Mcintire y en esta década vivió exclusivamente de su oficio como escritor de bolsilibros, llegando a escribir una novela cada cuatro días. Con la crisis de los bolsilibros a mediados de las años 80,

Kelltom Mcintire volvió a convertirse en José León Dominguez y buscar otro tipo de ocupación. Además de su trabajo como escritor de «literatura popular», cuenta con varios premios literarios y algunas novelas inéditas. En la actualidad, ya jubilado, reside en Alcalá de Henares.